Joaquín Doldán

El murguista muerto

ediciones
abrelabios

El murguista muerto
© Joaquín Doldán Lema
© ***ediciones*** *a*br*e*l*abio*s
http://abrelabios.com

Imagen de portada: sin título de **Rafael Alberti**, tomada de la edición *Homenaje a los lectores de Diario 16*, 1976-1991, del suplemento *Culturas*; España, 1991

Diseño de portada
y diagramación: Wilson Javier Cardozo
wilsoncardozo@gmail.com

Impresión: Tradinco SA
Minas 1367 Tel (0598-2) 409 4463
11200 Montevideo Uruguay
tradinco@adinet.com.uy

ISBN Nº 9974-649-18-7
Hecho el depósito que marca la ley.

***a*br*e*l*abio*s**
ed.abrelabios@gmail.com
11800 Montevideo – Uruguay
Yí 1725/7 (0598-2) 099 469 399

Si tuviéramos la cobardía de buscar metáforas,
muy pronto diríamos que la Murga es la vida,
que todos bailamos en ella, que no hay modo
de escapar a la sucesión, que el canto nunca se repite.
Alejandro Dolina
(en **La Murga del Tiempo-El libro del fantasma**)

Mirando el escenario, sentí pronto aquel silencio
como si fuera de un velorio.
Felisberto Hernández
(en **Por los tiempos de Clemente Collings**)

Pero ante el alivio enorme que sintió y el sueño
que ya vendría con las horas, quedaba
un vacío grande, hondo, oscuro…
Alfredo Bryce Echenique
(en **Un mundo para Julius**)

La gente vive años y años pero, en realidad,
únicamente durante un tiempo vive de verdad,
y es cuando consigue hacer aquello para lo que nació.
El hombre que no conoce o no cumple su destino
es el que lo está esperando o recordando.
Alessandro Baricco
(en **Esta historia**)

Un día hay vida.
Paul Auster
(en **La invención de la soledad**)

Disfrutá de este candombe
que es el último del mundo.
Leo Pereyra-Joaquín Doldán
(*Despedida* de **Los Carlitos 2001**)

El niño que fui no vio el paisaje
tal como el adulto en que se convirtió
estaría tentado de imaginarlo
desde su altura de hombre.
José Saramago
(en **Las pequeñas memorias**)

Escritor es quien escribe libros,
dice el pensamiento burgués,
que descuartiza lo que toca.
Eduardo Galeano
(en **El tigre azul y otros artículos**)

No cuenten nunca nada a nadie.
J.D. Salinger
(en **El guardián en el centeno**)

El

Ni la sangre que caía sobre mis ojos impedía que mirara al murguista. Ya no importaba que el camión que nos llevaba hubiera volcado espectacularmente. En ese instante, quizás a punto de morir, comencé a recordar.

Eso es: buscar una serie de sucesos que parecen fruto del azar pero que, vistos en serie, son una cadena de historias indivisibles, y que llevan a una pequeña vida, de un pequeño hombre en un pequeño país, a ver la muerte reflejada en una cara pintada para disfrutar del carnaval.

Los trajes revueltos brillaban en silencio; no podía oír nada. No sentía dolor y perdí la noción del tiempo. El murguista tenía los ojos cerrados. En la cara totalmente blanca, surcada por líneas de colores brillantes, se formaba una mueca simpática y pacífica. Era un payaso dormido antes de la función. La luna reflejó un destello en la mejilla. Mirando los colores de su rostro entendí la lógica de aquel final. Los dos tumbados entre trajes caídos, en pleno febrero, rumbo a una actuación. Un escenario en silencio, cuatrocientas personas esperando nuestra llegada aún pasada la medianoche, tomando una cerveza, jugando al bingo y, en la puerta, un grupo de niños esperando a la murga para pedirle a sus personajes que le rozaran la cara con sus mejillas pintadas para lograr una divertida marca de brillos y colores.

Habían pasado muchos años. Una pequeña vida.

Febrero siempre fue mágico en Montevideo. Estaban a mitad del verano, pero el Río de la Plata se empeñaba en refrescar las noches a fuerza de humedad y brisas. Quedaba todo el mes antes de volver al colegio y, por sobre todo y para hacer perfecto el verano, comenzaba el carnaval. En cada barrio había uno o dos escenarios populares. Los tablados abrían todos los días de ocho de la noche a dos de la mañana. Incluso hacían funciones especiales, los fines de semana, que comenzaban a las tres de la tarde. Muchos adultos tomaban sus vacaciones de trabajo en aquellas fechas para poder disfrutar de los espectáculos. En mi barrio, el Cerro, muchas familias volvían de la playa para iniciar los rituales: bañarse, vestirse, no olvidarse un abrigo, preparar el mate y salir rumbo al tablado.

Todos los días prestábamos atención al viejo automóvil que pasaba con un altavoz anunciando los grupos que actuaban de noche. Año a año la acústica del altavoz era peor y nos obligaba a salir en plena tarde a ver el cartel donde se anunciaba el espectáculo. Daba igual porque, de todas formas, estábamos decididos a ir, pero saber qué conjunto actuaba, con la sorpresa adicional de conocer al conjunto que cerraría el espectáculo, formaba parte de la magia.

Según la leyenda, el séptimo hijo varón de una familia tiene una gran posibilidad de ser un futuro hombre-lobo. Si esto funciona para las familias pobres, ese era mi destino. En cierta forma se cumplió y, aunque aún faltan muchos recuerdos por enlazar, viene a cuento mencionar que mi primer papel en carnaval fue de "lobizón".

Supongo que las entradas al tablado eran baratas, porque nosotros éramos muchos y muy humildes y aún así era rara la noche que faltáramos.

El lugar estaba amurallado, era imposible *colarse*, tenía una entrada lateral para el público y una grande por donde entraban los conjuntos. Esta última daba directamente detrás del escenario que, al igual que los bancos, estaban hechos de cemento (esto era bueno para soportar todo el año a la intemperie, pero malo

para cualquier culo luego de seis horas). El suelo de tierra solía tener pasto contra los bancos. Había unos pocos árboles alrededor que restaban visibilidad a los que querían mirar desde afuera sin pagar entrada. Circunvalando toda la platea había kioscos, venta de churros, chorizos y cosas para beber. Además de dos baños siempre sucios y llenos de gente. El tablado era como una bestia que dormía y sólo se despertaba en febrero; entonces se llenaba de luces de colores y música. Entre una actuación y otra apagaban la luz del escenario y sólo iluminaban la platea. Un animador invitaba a jugar al bingo y a consumir bebidas y comidas.

Por noche solían actuar hasta siete grupos. El primero solía ser un mago o un solo tipo contando chistes o haciendo imitaciones; eran los llamados *fuera de concurso*. Luego venían conjuntos de distintas categorías: humoristas, murgas, lubolos, parodistas. Y el gran final solía ser un conjunto muy popular o que hubiera ganado el concurso oficial.

Para mí el concurso era algo lejano y que rara vez coincidía con mis gustos. Cuando no podía ir al tablado lo escuchaba por radio y me imaginaba los espectáculos. Sentía las risas y los aplausos del público y me daba mucha envidia no estar ahí. Uno de mis hermanos decía que los grupos actuaban con más ganas en el concurso, que usaban un vestuario más espectacular y escenografía (no sólo carteles pintados de fondo para cambiarse detrás) y que hacían toda la actuación completa y no la mitad como en el tablado. Por un lado, era lógico porque ahí en el Teatro de Verano del Parque Rodó era el concurso oficial organizado por el gobierno municipal y yo sabía que eso era muy importante. De hecho, quienes lo ganaban eran luego conjuntos de prestigio y actuaban al final en los tablados y todo eso. Pero, por otro lado, no me parecía nada bien que nosotros no pudiéramos ver los espectáculos enteros ya que pagábamos las entradas con mucho sacrificio. En fin.

Hacíamos una fila para sacar entradas. Los fines de semana o cuando venían buenos grupos, la fila daba vuelta a la esquina y había que sacar la entrada temprano para sentarse adelante. A veces un vecino iba y sacaba entradas para muchas familias y

reservaba los lugares; supuestamente estaba prohibido, pero a la gente le encanta hacer cosas que no se deben.

Muchas veces empezaba a actuar el mago y todavía no habían entrado todos.

Mi padre solía llevar el mate para tomar y mamá o mis hermanos grandes se encargaban de llevarme algo para cenar y, un lujo que hacíamos sólo una vez por carnaval, comprar una docena de churros.

El día antes del comienzo del concurso se hacía el desfile de 18 de Julio. Así, en pleno Centro y hasta por televisión, se festejaba el comienzo de febrero. Cada grupo desfilaba con sus trajes y pasacalles con sus auspiciantes. Los niños se disfrazaban y jugaban con agua. La frase popular afirma *si te digo que es carnaval, apretá el pomo y mojá a la gente*. Los viejos cuentan que antes se usaba papel picado y serpentinas. Ahora hasta bombas de agua.

También desfilaban carros alegóricos. Unos vehículos gigantes con figuras de colores, algunas móviles y con motivos humorísticos, que iban a concurso. En uno de esos carros, blanco y elegante, desfilaba la reina del carnaval, una chica elegida en un concurso de belleza y que sabía iba a ser muy mojada en el desfile. De hecho, en los corsos de los barrios iba resignadamente cubierta de nylon.

Un espectáculo aparte eran los cabezudos, unos muñecos enormes con un tipo adentro. El pecho del cabezudo tenía una ventanita por donde se veían los ojos del enigmático ser que perseguía a los niños y a las chicas para inclinarse peligrosamente sobre ellos hasta casi tocarlos con su narizota. También habían fabricado otros muñecos, gordos y enanos, con la ventanita para los ojos en el sombrero, que te perseguían porque sí. A mí me daban terror.

En ocasiones, el desfile tenía una versión reducida en los barrios. A la semana del principal tocaba en el Cerro.

Era un día increíble. Desde la tarde los vendedores de pomos, globos de agua, caretas, iban por toda la calle Grecia. Se juntaba todo el barrio. Mis hermanos se empeñaban en hacerme disfraces creativos. Me acuerdo de uno de robot hecho con cajas forradas que era muy bueno. La alegría me la empañaban dos cosas: el agua (la travesura se iba de las manos, algunos llenaban baldes y tenías que ir a cambiarte de ropa), y los cabezudos. Verlos en vivo me impedía razonar que bajo ese monigote de mueca macabra había un pobre tipo sudando para ganarse unos pesos extra.

Vi muchos corsos protegido entre las piernas de mis hermanos. Hasta que la violencia cambió el agua por piedras y un día bajaron de un cascotazo a la reina del carro, con corona y todo. Después supe que había motivos económicos, pero el resultado fue que el carnaval perdió los corsos; nunca pude desfilar en mi barrio.

La noche que creí conocer a aquel murguista que murió ante mis ojos era sábado; el último conjunto era una murga muy importante y el anterior había sido un grupo de la categoría que menos me gustaba por aquel entonces. Era un conjunto lubolo, un grupo de candombe, la música herencia de los negros esclavos. Con los años le descubrí la magia, pero de niño me parecía muy triste porque las letras tenían mucho sufrimiento. Repetían permanentemente lo de la esclavitud y que extrañaban Africa. Era raro porque la mitad eran blancos. Luego aprendí que lo de *lubolos* era eso: blancos que se pintaban y se hacían pasar por negros. Eran los grupos más numerosos, subían como cien personas tocando tambores y hacían temblar todo, además sacaban banderas de colores, contaban con bailarinas, con un bailarín en mallas bailando de forma muy femenina y una señora mayor -que se llamaba *mama vieja*- con un joven que bailaba como viejo con una barba postiza (por entonces no sabía que se llamaba *gramillero*). Mi favorito era el escobero; representaba al hechicero de la tribu, eso me daba un poco de miedo pero del que te hace ver la película aunque tengas ganas de cerrar los ojos; aparecía haciendo malabares con una pequeña escoba decorada con colores.

Ese día me impactó mucho aquel conjunto de candombe porque tenían una vedette, su principal bailarina, que además de moverse muy bien y ser muy simpática tenía unas tetas gigantescas; nunca había visto algo igual. El traje plateado apenas las sostenían, eran como dos globos negros a punto de estallar. Su piel muy morena resaltaba los dientes y era alta, enorme. Luego supe que era la famosa *Rosa Luna*, un mito del candombe; no la vi nunca más, sólo esa vez y me acuerdo hasta el día de hoy, cuando estoy a punto de morir.

El viejo Gustavo vivía solo. Su casa era mitad de bloques y mitad de chapa. Un extraño rancho con olor a humedad. El patio estaba lleno de plantas y de árboles, pero en su zaguán reinaba una parra que lo veía descansar cada tarde. Mientras cuidaba el taller mecánico del barrio algunas noches, llevaba su vieja radio a pilas y sintonizaba la emisión del carnaval. En directo, desde el Teatro de Verano. Escuchaba los reportajes, los comentarios, las actuaciones del concurso. Mientras tomaba mate; aprovechando las pausas para ir a calentar más agua o a cambiar la yerba. Escuchaba y miraba hacia la noche por una ventana pequeña que sólo dejaba ver una luz a mercurio con un murciélago dando vueltas nerviosas.

El viejo Gustavo pasaba horas sin hablar. A veces algún conjunto, alguna murga, lo hacía sonreír. Algunas veces él mismo se sorprendía al escuchar una áspera carcajada, breve.

Cuando se fueron los tambores todos nos quedamos hablando de las tetas enormes y vi que enseguida llegó el último grupo. Esto era fantástico porque en general el que cerraba el espectáculo demoraba más de la cuenta y solíamos pasar frío; más de una vez hasta me había dormido preguntándome si harían esperar así en el Teatro de Verano del Parque Rodó. Por eso me alegró ver los trajes brillantes detrás del escenario, prontos para subir. Le pedí permiso a mi padre para ir a pedirles a los murguistas si me pintaban la cara. Salí disparado hacia allí. Estaban a punto

de subir pero uno de ellos, cuando me vio llegar, esperó. Y ese gesto me quedó grabado. Me preguntó el nombre y me dijo que me iba a dedicar la canción de despedida; yo no me lo creí, pero lo hizo. Mis hermanos aplaudieron como locos cuando el murguista dijo mi nombre:

-Para mi amigo Eugenio, un futuro murguista que vino a que le pintara la cara, va este tema con el permiso de mis compañeros.

Durante el resto del año el carnaval desaparecía de mi vida. Era como si una nube poblara el cielo y el color gris conquistara la ciudad (un día ganaría un premio escribiendo ese argumento). En efecto, Montevideo es una ciudad muy gris. El Río de la Plata, los edificios y el cielo conspiran para ocultar los demás colores.

En un rincón de mi habitación estaba mi túnica blanca con mi moño azul. Así vestíamos en la escuela pública, pero además era mi traje de pobre.

Vestido así no pagaba por viajar en ómnibus y al mediodía, luego del colegio, iba al comedor público donde me servían un gran plato de comida de olla que aliviaba la economía de mis padres. Ellos me daban a elegir si ir o no, pero yo sabía que les hacía un favor. Normalmente esa comida me dejaba la barriga lista para todo el día, cena incluida. Todos comíamos fuera, mis hermanos en sus trabajos, y así nadie era una carga.

Algunas veces me preguntaba qué harían los murguistas en invierno. Suponía que trabajaban en otras cosas y que preparaban los espectáculos de carnaval. Sabía que si me cruzaba con algunos de ellos no los reconocería; yo sospechaba de algunos vecinos que suponía formaban parte de algún conjunto.

Una vez se lo comenté a mi padre y ser rió. Esa noche me dijo que lo acompañara; era primavera y fuimos a un club deportivo. En su interior había un grupo de hombres. Vi en un costado un bombo, un redoblante y unos platillos. El corazón se me aceleró. Entonces tres tipos tomaron aquellos instrumentos y los de-

más se pusieron en línea. Otro agarró una guitarra, y se pusieron a cantar.

-Así comienza a ensayar una murga -dijo mi padre, sin apartar la vista del coro.

Imaginé que hubiera querido formar parte de ellos pero no tuve el valor para preguntárselo. De todas formas me gustó verle admirar a aquellos hombres y sospeché que si de mayor lograba cantar en una murga a él lo haría muy feliz.

Cuando volvimos a casa me habló mucho del carnaval; no sabía que conocía tanto del tema. Me contó cosas sorprendentes como que la murga era de origen español. Venía de un lugar llamado Cádiz y, de hecho, la primera murga uruguaya (que tenía como cien años) se llamaba ***La gaditana que se va***, pero me dijo que había gente que decía que no era la primera. También dijo que la murga argentina desfilaba y bailaba y la uruguaya cantaba más y mejor, y que algunas murgas estaban prohibidas, pero ese día no entendí el por qué.

Años después se me aclaró esa duda. Había cumplido catorce años; era 1984. Recién a esa edad me vine a enterar de que mi país vivía en dictadura (casi desde que yo nací) y que se estaba terminando; iba a haber elecciones. Además había gente presa que iba a ser liberada, partidos políticos que se iban a legalizar y personas que vivían en el exilio y que podrían volver a sus casas. Eso sin contar que unos músicos fantásticos podrían volver a cantar. Entonces entendí que muchas murgas cantaban en sus letras canciones sobre la libertad pero en forma de metáforas y supe que algunas habían sido censuradas, incluso prohibidas, como dijo mi padre. Con inteligencia e inventiva habían esquivado la represión y cantado todo ese tiempo en clave. Me pareció increíble, como descubrir un mundo nuevo, una nueva dimensión. Era como si me hubiesen dicho que era adoptado y que mis padres eran otros. Por ejemplo, un edificio cercano a casa resultó ser un lugar adonde llevaban a gente sospechosa y la torturaban hasta por las dudas. Somos tan pocos en mi ciudad que no entendía cómo me las había arreglado para no saber todo esto. Todavía

a veces tengo pesadillas con la idea de escuchar gritos de un vecino que fue atrapado por unos militares desquiciados.

Hubo un gran movimiento social y cultural, había muchos actos políticos y, durante todo el año, todos los fines de semana había actuaciones de músicos populares y de murgas de todo tipo, desde profesionales hasta amateurs. En esas actuaciones no usaban trajes y cantaban sólo un par de canciones, pero esos coros sonaban distintos. Eran más alegres, actuaban gratis y se los veía distintos; supongo que era porque podían cantar lo que querían y iban a llevárselos presos por eso. La libertad ayuda a afinar.

En uno de esos actos encontré a mi murga favorita. Los reconocí porque igual se pintaban la cara; era la única que lo hacía aunque no usaban trajes como en carnaval. Para mayor sorpresa, cuando me vio a lo lejos mi amigo, el murguista, me saludó y leí en sus labios que decía *hola, Eugenio*.

Todas las semanas averiguaba adonde iban a actuar y los seguí durante todos los meses que duró la salida de la dictadura.

Luego hubo elecciones y todo pareció calmarse.

Las murgas que más actividad política habían tenido eran llamadas *murgas compañeras*. El murguista cantaba en una de ellas.

De tanto verme ya era conocido de la murga y, poco a poco, les fui hablando a todos. El me saludaba siempre.

-¿Te gustaría ser utilero? -me dijo un día.

Llegué a mi casa loco de alegría con la noticia. Eso era ser parte de ellos. Debía cargar sus ropas, ayudarlos a prepararse, llevar los instrumentos. Recibiría una pequeña paga por tablado todas las noches de febrero. Ese fue mi primer trabajo.

Llegaba al club a las siete de la tarde. Jugaba un rato al pool con los demás utileros. Todos tomaban vino o cerveza. Yo le echaba un chorrito de tinto a la fanta; cada vez más, a medida que pasaban los días de carnaval.

El más viejo de nosotros era el *jefe de utileros*. El murguista

me había pedido como ayudante, debía cuidarle el sombrero y la ropa para los cambios de vestuario en los tablados, y tres cambios para las actuaciones del concurso.

Esto era peor para el que protagonizaba los couplets; en los tablados iban vestidos igual en la presentación y en la despedida, sólo se agregaban el sombrero, que ese año era un cono gigante con aros de colores brillantes que aumentaba aún más su tamaño.

Luego del primer tema, el murguista salía de escena y yo lo esperaba atrás y le ponía el primer disfraz, hacía de Papá Pitufo, luego hacía de prostituta (pero en realidad representaba al capitalismo, según me explicó). En la primera y segunda ruedas del Teatro de Verano del Parque Rodó, hacía además de esperanza, vestido con un traje verde. Era un cuplé para pensar, no para reír como los otros.

La despedida era en homenaje a los medios de comunicación censurados en la dictadura. La gente se emocionaba mucho y aplaudía de pie.

Luego de las actuaciones del concurso, todo el conjunto, menos el murguista, se quedó en el club a escuchar lo que decían los comentaristas de la radio. Elogiaron mucho todo el espectáculo, y a él en particular. Cuando se lo conté al otro día, dijo:

-Lo importante es que se disfrute.

Hacíamos seis o siete actuaciones por noche. Ibamos de barrio en barrio. A mí me emocionaba recorrer tanto la ciudad.

Algunas veces los contratos de las actuaciones no estaban bien planificados y había poco tiempo para ir de un tablado a otro. El camión que nos llevaba iba a gran velocidad. Todos íbamos en la caja cantando y gritando. Al murguista esto no le gustaba nada; él repetía lo mismo que me decía antes de actuar: *vísteme despacio que tengo prisa*.

Casi al final del carnaval me sabía la letra y cada tono y chiste de memoria. Por suerte, a veces hacían *mechas*, chistes espontáneos, fuera del libreto, y todos nos reíamos.

Varias veces me pedían que, mientras la murga actuaba, yo saliera entre el público a vender una foto de la murga con una copia del libreto: *lo que canta la murga*, iba gritando por la platea.

Algunos lo compraban como refuerzo, para seguir mejor una letra, porque en muchos tablados tenían mala amplificación. Mucha gente decía que no entendía todas las letras y por eso el director de una murga era muy pesado con la dicción. Decía que había que abrir la boca y pronunciar todas las palabras. *Los uruguayos sabemos murmurar más que gritar*, dijo una vez.

Como hacía un poco de dinero le comenté al murguista que quizás no siguiera en el liceo y me buscara un trabajo. El se enojó mucho y me dijo que si quería tener futuro en la murga debía, por lo menos, hacer el bachillerato; dijo que ya había demasiado burro en carnaval.

Ese año fui por primera vez al Teatro de Verano del Parque Rodó. Era increíble, me hizo acordar a una película de romanos. Un anfiteatro, un escenario techado con luces y unos micrófonos muy avanzados.

En la primera fila se sentaban los jueces; luego, miles de personas. Entonces supe que el carnaval vendía más entradas en un mes que el fútbol y el básquetbol juntos todo el año. Era una marea de gente; cuando aplaudían todos se sentía como un terremoto. El entorno era fantástico, al lado había un parque de diversiones y una playa. Apenas donde terminaba el público comenzaban unas canteras de piedra y césped que aumentaban la magia; era como un túnel que daba al cielo. El escenario tenía un telón y salía un presentador que anunciaba una voz en off. Luego de cantar, la murga caminaba entre el público y se iba para atrás del escenario, al "pedregullo", donde los conocidos iban a saludar y felicitar.

El viejo Gustavo escuchó esa noche una de sus murgas favoritas. Disfrutó mucho del couplet y se estremeció con la despedida. Fue una sensación agradable, estremecerse.

Esa noche no fue a trabajar. Estaba un poco caluroso aún; aunque febrero no es como enero. De noche cae un rocío que hace que necesitemos un pequeño abrigo. El mate largaba un humo delicioso, cálido. Armaba sus propios cigarrillos con hojillas y tabaco del barato. Y sonreía sin darse cuenta que miraba al

barrio desde la puerta de su casa pero como si tuviese ante sí una pequeña ventana, con vista a una solitaria luz azulada y sin murciélago alguno.

El último día del concurso era la llamada *noche de los fallos*. Una vez que actuaba el último conjunto por segunda vez en la *rueda de ajuste*", el jurado se reunía a contar el puntaje.

Durante la primera *noche de fallos* conocí uno de los rituales del carnaval; imposible saber que existía. Era como el ambiente de los ensayos; sólo algunos elegidos lo vivían.

Cenábamos todos juntos y luego escuchábamos por radio la lectura de los puntajes de cada categoría. Primero, las *revistas* (un género extraño pero persistente en carnaval: un cuerpo de baile, unos comediantes, unos cantantes; se suponía que era una celebración de la fantasía). Luego los lubolos, humoristas, parodistas y, al final, nosotros. Por orden alfabético iban diciendo los puntos de cada categoría, voces, textos, vestuario, maquillaje y, al final, la suma y los puestos.

Habíamos salido primeros, éramos la mejor murga de ese carnaval y comenzó la fiesta. Muchos llevaron en andas al murguista y todos gritábamos *campeones, campeones* hasta que salió el sol.

Salir primeros tenía una magia romántica y también económica. La última semana del carnaval hacíamos muchos tablados por noche. Fuimos otra vez al Teatro de Verano a buscar el premio. En plena actuación, antes de la despedida, entró el presentador y nos dio la copa. El murguista dijo unas palabras porque le dieron un premio individual y nos hizo pasar a todos al escenario. La gente nos aplaudió y yo me quedé con esa imagen grabada: las tribunas llenas de gente aplaudiendo.

Con ese premio descubrí un mundo nuevo. A la murga ganadora la solían contratar para actuar en el interior una vez terminado el carnaval. Ya estaba cansado de trasnochar y de escuchar el mismo repertorio mil veces. Pero el dinero que estaba haciendo era muy bueno. Además, conocer las ciudades del interior del Uruguay, yendo de gira una semana entera, era increíble: San

José, Rosario, Colonia, Fray Bentos, Río Negro, Salto. Yo, que apenas había salido un poco hacia el este por la Costa de Oro, increíble.

Luego no fue tan bueno, la memoria me hacía confundir las ciudades de lo rápido que pasábamos: la llegada, la actuación y la salida. Apenas podía ver el entorno que, de todas formas, se resumía en la plaza con una iglesia, la comisaría, la farmacia, la panadería.

El único sitio que se me grabó fue Rosario.

Llegamos temprano; para el viaje, en vez del camión, habían contratado un ómnibus. Era mucho más cómodo y seguro en la ruta. Todos iban tomando y cantando clásicos del carnaval, hacían versos sobre si fulanito era virgen o menganito cornudo, bromas así. En una de esas comenzaron a focalizar las bromas en mí. Normalmente el murguista las cortaba pero ese día las dejó seguir. Miraba por la ventana, aunque no había nada para ver. En las rutas de Uruguay, además de un terreno *suavemente ondulado* no hay montañas, barrancos, nada que distraiga tanto. Todo el camino son enormes latifundios con tres vacas perdidas.

Cuando llegamos a la ciudad habían decidido en forma colectiva que otro utilero joven y yo íbamos a dejar de ser vírgenes como regalo de carnaval. Nos llevaron a una casa vieja con una luz roja afuera. El murguista se acercó y me dijo: *Tranquilo, te vas a divertir*. Eso y el *¿estás bien?* que me dijo al salir fue casi lo único que me habló en la gira.

Adentro fue todo rápido y extraño; una señora muy rubia con un olor dulce, demasiado dulce, estaba entre el humo, una luz tenue y una cama enorme, o por lo menos yo la vi enorme. Me habló algo que no entendí, me desnudó sin que me diera cuenta y, cuando miré a un espejo, estaba ella casi sin ropa teniendo sexo con alguien que me costó reconocer era yo.

En invierno perdí el contacto con la murga. Pero como acto reflejo seguía yendo al club en las noches. Me deprimía estar ahí solo. Frente al club conocí una chica; comenzamos a hablar y la invité al cine con mi pequeña fortuna. Así conocí a mi primera

novia. Esos meses de gran amor adolescente llegaron a desbordarme. Vivía por y para ella, me costaba ir al liceo. Tuvimos una relación sanamente apasionada y, casi sin pensar, comenzamos a hablar de boda. Pero había un detalle vital. Ella odiaba el carnaval. Decía que no entendía lo que cantaban las murgas, que los parodistas le parecían ridículos, los humoristas no le daban gracia y los negros le resultaban aburridos y una manga de borrachos.

Llegó el primero de febrero y yo entraba a escondidas en su casa para que no me viera la murga. Tuvo que pasar. Faltar al carnaval me descubrió mi barrio en febrero. Con esa novia y casi futura esposa no podíamos disfrutar las dos cosas típicas del verano en el barrio: el carnaval, porque lo detestaba, y la playa, porque tampoco le gustaba. O sea que trataba de verla desde la tarde tempranito y -como ya dije- porque odiaba al carnaval, podíamos estar juntos hasta la medianoche.

Cuando cumpla dieciocho voy a sacar la libreta de conducir, trato de conseguir un taxi y nos casamos. Ese era mi plan de vida, desarrollado en dieciocho palabras. *Yo querría seguir estudiando*, decía ella. *Eso, vos estudiá*, le contestaba yo.

Entonces descubrí por qué los días dos de febrero no hay tablados. El carnaval, que recién empezaba, ese día se suspendía.

Resulta que, cerca de la casa de mi novia, había un pequeño comercio que abría veinticuatro horas, los trecientos sesenta y cinco días del año. Yo no lo conocía pero mi padre me tenía prohibido ir: *Pardelli abre hasta los primero de mayo; no respeta huelgas, paros, nada. Es un miliquero, un carnero*. Pero comencé a entrar los domingos y los días de fiesta porque vendía unas galletitas que a ella le encantaban; y ahí iba yo, rompiendo los esquemas familiares e ideológicos, por un paquete de galletitas dulces. Con los años, el hijo de Pardelli sería mi utilero; y por suerte esta noche, por primera vez en años, no pudo venir a la actuación, por lo cual el accidente que hemos sufrido no le costará la vida. El me daba un paquete grande y me cobraba menos, se iba a jugar al fútbol porque estaba por entrar al equipo titular de Rampla Jrs. (hasta su lesión había sido catalogado como el próximo Obdulio Varela, capaz de hacer vencer a un equipo de derrotados). La otra hija de Pardelli era Mae de Santos, y un día su

hermano me invitó a ver la fiesta de la Virgen del Mar. Yo sabía que eso existía, pero no pensaba que fuera así.

Miles de personas en la playa invocando a Yemanjá. Hacían ofrendas, danzas, flores, las mujeres de vestido blanco bailaban y eran poseídas por espíritus africanos. La Macumba y el Candomblé eran la segunda religión luego del Catolicismo, los esclavos habían usado las imágenes de la iglesia para venerar a sus dioses, por eso veías a la Virgen del Mar con cara de Virgen María, a Oxum vestido de Jesús, y todo así.

El 2 de febrero me despedí de mi novia y en vez de ir a casa salí rápido hacia la playa. Ahí estaban, pozos en la arena con una vela adentro, el mar lleno de flores, miles de personas bailando al sonido de los tambores.

Caminé por la playa disfrutando del sonido, del olor y el color, allí conocí a De la Cruz, un actor famoso de carnaval. *Vos sos de carnaval*, tenía mi cara registrada. *Sí, utilero* -contesté- *pero además somos vecinos y yo siempre iba al teatro de Barrio*. Era sorprendente que alguien que admiraras te tuviera fichado, también me llamó la atención que me habló como a un adulto, casi como a un colega. Supongo que pensó que pertenecía a su religión.

-Yo fui el impulsor de que suspendieran esta noche el carnaval.

-¿Ah sí? -veía sus ganas de confesión, un destino de soledad, parecía hasta con un poco de miedo.

-Hace ocho años, en un cuadro de humor, yo imitaba a una Mae, me hacía el poseído, giraba a ritmo de un tambor y luego decía *sarabá* y la gente se reía.

Me acordaba clarito de eso.

-Ganaron ese año.

-Exacto, el primer premio; y luego nunca más. Dos años después me dijeron que debía pedir disculpas y, si todo salía bien, a los diez años podía volver a ganar.

Hubo un silencio. La diferencia de edad nos hacía parecer padre e hijo.

-Voy a sacar un conjunto de parodistas el año próximo. ¿Querés salir?

-¿Necesitan utileros? -pregunté, pensando en cómo hacer para

mentirle a mi novia todo ese tiempo.

-No, como integrante -me dijo. Y ya nada fue igual.

La playa se oscureció más porque no había luna, las velas de la arena brillaban con más intermitencia. De la Cruz se quedó en silencio esperando mi respuesta, mirando al mar; esperó casi dos años, pero le dije que sí.

Mi primer infidelidad fue una semana después. Había logrado esconderme de la murga. Cuando estaba cenando con mi novia y su familia escuchaba voces, el camión, los utileros cargando los instrumentos, un bocinazo. *¡Vamo que se hace tarde, che!* Me imaginaba a la murga saliendo del Cerro, todos maquillados, con los trajes de colores, canturreando temas viejos. Imaginaba el ambiente en el tablado.

No aguanté. Me volvía a mi casa decidido a dormir para salir a buscar trabajo antes de quedarme sin ahorros, pero a las dos cuadras se veía el brillo del escenario y se escuchaban las voces, un coro carnavalero de la fiesta de dios Momo.

Otra fiesta pagana; si fuera católico estaría comprando un pasaje al infierno.

Salí corriendo, sentía el corazón a punto de reventar (sólo sentí eso la primera vez que desnudé a mi novia; ni en Rosario me latía así). Fui por detrás, temía que si entraba me encontraría con algún conocido y que contaría que me había visto.

Me subí a un árbol. Toda mi vida pagando entrada y ahora, de grande, de colado.

Veía medio escenario, me tapaban unos carteles, pero ahí estaba, una murga cantaba, vestida de rojo, disfrazados de diablos, hablando sobre lo divertido que es ser pecador.

El invierno fue un alivio para mi alma. Ya no tenía complejo de culpa, podía consagrar mi vida a nuestro noviazgo.

Pasaba el frío, entre peleas y reconciliaciones, exámenes de conducir y horas de TV, algo de cine y esporádicos cumpleaños familiares (la mitad de los meses del año, uno por hermano para

ser exactos), hasta que volvía febrero y con él mis escapadas que se fueron haciendo cotidianas, noche tras noche.

Ni el sexo era real, se diría que actuaba todo el día: hacía el papel de novio, de futuro esposo, luego actuaba de hijo y un poco de hermano. Un invierno, dieron en la TV un programa llamado **Carnaval en concierto**. Logré convencerla de milagro a ver si así lograba seducirla y trasmitirle lo maravilloso y lo bien que se escuchaba y mirá, ahora se entiende perfecto, no es necesario el pibe que vende *lo que canta la murga*, y es importante porque sale en la tele. Me hacía el sorprendido y me reía de los chistes para disimular que ya los había visto, y disfrutaba de la mitad del espectáculo que había adivinado porque, mirando de colado, me lo tapaban los carteles.

Pero ella no cayó; incluso un día tuvimos tremendo lío, ella acusando al carnaval de *terraja* y yo gritando que era la voz de los sin voz, que los diarios mentían y las murgas cantaban la verdad. Entonces decidí serle profundamente infiel.

En primavera fui a ver a De la Cruz:

-Quiero probarme -dije.

-Necesito alguien que cante en tu cuerda. ¿Sos bajo, no? -supongo que se refería a mi voz gruesa.

-No lo sé, quiero probarme -contesté.

Así, cada ensayo fue un salto hacia otra etapa. Cantaba cada vez más afinado, me probaban para un papel protagónico y bailaba adelante. Los parodistas son una categoría muy exigente; un parodista completo canta, baila y actúa. Algo en mí se estaba destapando. Años viendo y escuchando con todos mis sentidos carnaval habían hecho que acumulara tonos, chistes, muecas y movimientos. Muchas noches me duchaba cantando y me secaba actuando frente al espejo. Ponía grabaciones y me empeñaba en imitar los espectáculos; sin saberlo había ensayado durante años y en esos días lo demostraba. Era yo mismo, no actuaba de hijo, de novio, ni de hermano. Era yo.

Nuestro grupo tenía, entonces, veinticinco personas, era enorme. Un día nos juntaron y leyeron quince nombres. El mío entre ellos. Esos saldríamos en ese conjunto; los otros, adiós, podrían probar en otros conjuntos.

Era noviembre. Los ensayos esporádicos y con poco horarios serían más intensos, y varias veces a la semana. Luego serían diarios; en enero, incluso los sábados y domingos. Y se abrirían al público. Tenían que decidir.

El viejo Gustavo dormía la siesta escuchando **Las mil voces de Eduardo D´Angelo**.

Se hacía de comer al mediodía y se terminaba el vinito mientras lavaba el plato. Luego se iba con la radio y se tumbaba vestido y sin zapatos. Escuchaba un instante el susurro de la parra, escuchaba apagarse al barrio. Antes las familias numerosas que eran vecinas suyas lo sacudían; la casa de enfrente, con siete hijos varones por ejemplo. Pero los niños crecen, las cosas cambian, o quizás no tanto.

Oh si si pero como no ra ra será por esoooooo?, decía el humorista con una de sus voces; todos los días lo decía, y a él le gustaba que repitiera sus rutinas una y otra vez, hasta que se quedaba quieto, muy parecido a un sueño profundo y tranquilo, muy parecido.

Tantas veces nos habíamos peleado que esa noche podía ser una. Llegé a la casa de mi novia deseando eso, que esta noche hubiera una de sus peleas. Pero no; ella estaba encantadora. La cena lista, *hola mi amor* y yo, como un cobarde, esperando algo para no sentirme tan mal. Pero tragué y le dije que debíamos dejar, con miedo.

Hay otra, afirmó. *Otro*, pensé, *dios Momo, un rey pagano que no entendés ni querés*.

Le dije:

-Voy a salir en carnaval.

Intentó entender; ella fue más flexible que yo, o más inocente, o más orgullosa.

Bueno, no dejemos, probemos, pero a la semana, cuando empezamos a ensayar una noche tras otra, me esperó en la puerta y dijo *Dejemos*; incluso insinuó un posible romance con un

compañero de bachillerato.

Cometí el error de no sufrir. Ya no quedaban rastros de mi primer amor; incluso ahora, cuando el dolor de la muerte empieza a atraparme, no podría describir su rostro, se me mezclan con otras que luego amé o creí amar.

Tiran más dos tetas que dos carretas, dijo el murguista cuando le expliqué mi desaparición.

De niño siempre había visto el desfile principal en 18 de julio sólo por TV. Luego iba al corso del barrio, hasta que los quitaron. El año que hice de utilero de la murga me pidieron que hiciera de cabezudo, adentro de un monigote con la cara del presidente. Durante todo aquel desfile recordé mi antiguo miedo, veía por la mísera ranura a la gente atestando los costados de la calle principal de la ciudad, escuchaba mi respiración rebotando en el papel encolado y las cañas y, a lo lejos, la música y los tambores. Los niños más valientes mojaban mi cabeza de papel y yo los perseguía con mis reverencias. Siempre algún boludo se dedicaba a intentar mojarme los ojos a través de la ventanita; a esos los perseguía sin piedad. Otras veces adivinaba una cara llorosa escondida en brazos de un adulto, y me alejaba para evitarle la vergüenza de asumir su miedo compartido.

Detrás nuestro había una comparsa de negros y lubolos. Lo notaba por la vibración en los pies y definitivamente me percaté de ella cuando un valiente pelotudo me hizo tropezar. La murga ni notó que el presidente ya no desfilaba. La marabunta de niños, incluso los miedosos, aprovechó para cagar a patadas al cabezudo. El político se lo merecía pero a mi me dolía la espalda, no por los golpes (de los que sólo escuchaba el ruido) sino por la estrepitosa caída. Era una tortuga en un tubo; sin los brazos como apoyo no me podía levantar. Ahora por la ranura veía algunas luces y el cielo; sin estrellas por culpa del brillo. De repente, unas cuantas manos me pusieron de pie (yo seguía adentro de mi tubo de caña y cartón) y aparecieron -frente a mi ranura, mi pequeña ventana al universo- dos ojos negros pintados ridícula y excesivamente de verde, con lentejuelas pegadas alrededor de

los párpados, queriendo opacar inútilmente una belleza sinigual.

-¿Estás bien? -me dijo, sin poder contener la risa.

Contesté, pero desde allí adentro no se me oía; un reflejo de obligación me llevó a pensar que se me iba la murga. Y, como si hubiese adivinado mi pensamiento, ella dijo:

-Hacia allá -y giró mi presidencial cabeza hacia el lugar indicado.

-Gracias...

-Me llamo Luna. Bailo aquí, en **Raíces de Senegal**.

-Gracias, Luna- dije, sin ser escuchado, lleno de amor y admiración. Y la historia me rebotó del pasado, como un paréntesis; carnaval está lleno de esos sucesos que luego parece nunca sucedieron. Lo había borrado de mi memoria y lo rescaté, años después, parado en 18 de julio, ya vestido de parodista, mirando la luna sobre la avenida, viviendo mi primer desfile como integrante de un grupo, con mi traje de despedida, apenas maquillado... ¿dónde estaba el grupo de aquella bailarina? ¿cómo me las había arreglado para olvidar esos ojos, esa risa con esos dientes en contraste con su piel negra?

Cada bailarina de comparsa que pasaba me hizo recordarla; la imaginaba muy flaca, casi sin formas.

-Es tu debut -me palmeó la espalda De la Cruz.

-No; ya hice de cabezudo hace un tiempo -aclaré, con orgullo.

Debe ser casi imposible vivir tres meses más intensos. En cuanto se abrieron los ensayos al público nuevamente se corrió un telón y descubrí el mundo de arriba del escenario. Un grupo de familias venían con sus hijos, mate en mano, a ver una y mil veces cada baile, cada coro, cada ensayo de temas nuevos, medias parodias. Esa escena no va, ese chiste no funciona. Lunes y martes el coreógrafo, miércoles el arreglador coral, jueves y viernes la puesta en escena. Con las hojas del libreto en la mano y un par de micrófonos, vestidos con la camiseta de la empresa que nos auspiciaba y, a medida que pasaban los días, se nos venía el carnaval y ya no era la meta ansiada. *Al espectáculo le falta*, *no llegamos al teatro*, *faltan los trajes de la segunda parodia*. Una a una se iban las noches y se acercaba el abismo, el borde de un escenario lleno de público y jurados implacables.

No los incondicionales de los ensayos que, de tanto vernos, se reían de todo -incluso de los errores- y de cómo todo va tomando forma.

Las hijas mayores de las familias nos miraban como ídolos, éramos galanes; o por lo menos eso nos creíamos los más jóvenes. Grupos de amigas de diferentes edades que venían a mirarnos y, si les caíamos bien, estarían noche a noche -y luego en el teatro- con banderas, gritando nuestros nombres. Una beatlemanía más casera, más popular. Algunas fotos, algunos autógrafos y algunos arriesgados romances.

Era difícil controlar esa sensación.

Cada día llegaba antes al ensayo porque al cruzar la puerta ya no era un vecino más. Era un actor, un cantante, un bailarín.

Estaba muy cansado, pero noche a noche ponía toda la carne en el asador, soltaba tanta adrenalina que luego no podía dormir; cuando lo lograba, ya salía el sol y sentía el cuerpo destrozado.

No tengo más coartada que mi humildad crónica, mi timidez maquillada. Era un torbellino de ensayar los pasos, memorizar los textos, buscar caras cómicas. De la Cruz me presentaba como la revelación, como el arma secreta. La gente esperaba mis apariciones en escena.

Un día el director me dijo que iba a protagonizar la segunda parodia. Los compañeros más nuevos se molestaron, los más veteranos lo entendieron. Dos puntos de estos últimos me llamaron la atención: sólo querían un lugar, no pasar desapercibidos pero trabajar lo menos posible, ganaban más que yo pero se esforzaban menos, incluso había coreografías en que no bailaban. Aún así, lo segundo que no entendía era su energía, ¿cómo se las arreglaban para no estar cansados? Hasta la primera semana no lograba entender su vitalidad en contraste con mi total cansancio.

Desde el día del desfile supe que sería un carnaval especial.

En febrero, me lo creí. Después del Teatro, cuando la prensa me propuso como revelación del carnaval por mi papel en la parodia de *El hombre lobo*, donde yo hacía de mí mismo, el séptimo

hijo varón que cambiaba con cada luna.

Ese día nos enteramos que De la Cruz había firmado un contrato para trabajar en un programa de TV. Uno de los veteranos me contó que hace años a él también le había pasado:

-Ya me veía enderezando la *O*.

Luego me explicaron que decía eso porque vio en una película que una de las letras del cartel de *Hollywood* estaba torcida; era la frase que marcaba llegar a lo más alto, al éxito artístico.

Un día después de un tablado me esperaba una chica.

-Tengo que dormir- le comenté a un utilero.

-Esperá que hablo con *el Araña*.

Desde los ensayos, *el Araña* era una sombra del grupo, andaba con los utileros pero no cargaba nada, era amigo de alguno de nosotros pero nunca nadie preguntó de cuál. Era un fan pero se lo tomaba todo con muy poca pasión, sólo iba y venía por el club y, para mi sorpresa, incluso se subía al autobús con nosotros para hacer tablados. Ese día descubrí su función, aunque no sé quién del grupo estaba al tanto de ella y quien no. Me dio dos papeles blancos con un polvo dentro.

-Lo aspirás por la nariz y esperás un rato.

Lo hice y a cambio recibí un gusto amargo, un poco de insomnio y nada más. El empujón psicológico para llevar a mi fan hasta la puerta de su casa y robarle un par de besos y un poco de casi sexo.

Claro que sabía lo que era. La cocaína es suficientemente famosa. Muchos hablaban de ella como un veneno pero yo creí que no me había hecho efecto.

Por el contrario, cumplió su cometido, porque no podía dejar de pensar en volver a probarla. Era como una idea única. Pensaba: *sólo una vez para que me haga algo a ver qué se siente*. El segundo papel me latía en la billetera. Quizás me hubiera aguantado pero me deprimió un niño en un tablado y eso aceleró mis ansias. Los parodistas sólo nos pintábamos alrededor de los ojos, sólo eso, y a veces una pequeña luna de brillantina. *Que no se te suba la brillantina a la cabeza*, me susurró un día el murguista cuando nos cruzamos en un tablado. Aunque luego de varios tablados apenas dejábamos una marquita con rimel para no mancharnos

al irnos con alguna chica. Llegamos a una actuación y ese niño apareció de algún rincón y me dijo:

-Señor, ¿me pinta?

Y yo me señalé la cara, limpia, sin nada de brillo que ofrecer. Me vi a mí mismo siendo acariciado por la mejilla de los murguistas para dejar su huella de colores y luego apareció el rostro decepcionado de ese niño que me miraba como si yo no fuera un artista de carnaval sino alguien disfrazado, un pretencioso que quería fama. Me costó actuar, todo lo que tenía que decir y hacer no me parecía gracioso ni le encontraba sentido. Antes de la despedida, luego de cambiarme para salir a bailar, me alejé del grupo y me drogué. Esa vez sí. El corazón me latía tanto que bailé a mil por hora, de hecho me fui de tiempo y estaba como tres pasos adelantado de los demás, cantaba, hacía muecas y salí saltando del escenario. Esa noche ni me acosté.

Pasado el mediodía siguiente me quedé dormido en el baño de mi casa. Tenía el lejano recuerdo de un don que luego usaría mucho en carnaval. El público había aplaudido a rabiar mi baile en la despedida, la gente se reía y mis compañeros habían sabido aprovechar el desconcierto; de hecho, pensaron que era adrede. Tuve que repetir el baile acelerado hasta el final del carnaval. Descubrí que tenía un don para hacer reír de forma espontánea, haciendo chistes fuera del libreto, cometiendo un error medido y planificado, mostrando que no era un actor ni un bailarín, sino un vecino que estaba en un grupo de carnaval, quizás sólo por ese mes.

Miraba por la separación del telón. Las enormes cortinas moradas eran un muro frágil y traidor. Atrás mío, el caos. Utileros, escenógrafos, técnicos. Algún familiar, algún hincha. *El araña*. Integrantes nerviosos buscando donde pararse. De la Cruz dando las últimas directivas. En un costado nuestra pequeña orquesta, un *The police* con toques de merengue. Todo en penumbras porque la luz estaba en la platea. Miraba por el telón y veía al público por primera vez. Absolutamente lleno de gente. Miles de personas, hasta las canteras, hasta donde daba el Teatro de

Verano del Parque Rodó. Así era la noche del concurso. Al borde del escenario unas mesas con lámparas, algunos papeles que iban y venían y un grupo de personas que debatía y miraba de reojo al mar de gente que aprovechaba el corte para ir al baño o a comprar una bebida y un "choripán". Era el jurado, los que pondrían puntos a nuestro espectáculo.

-¿Te puedo hacer una nota? -dijo alguien a mis espaldas, mostrando un gran micrófono. Por mi cara podría haber pensado que nunca había visto a un periodista radial en mi vida.

Me preguntó mi nombre y comenzó a hablar. No podía imaginarme que al otro día algún vecino me diría: *te escuché por la radio*.

-Estamos con Eugenio Martínez, en la noche de su debut, ¿verdad? ¿Cómo estás viviendo este momento?

-Bien.

-Me imagino los nervios, la adrenalina, todo mezclado para disfrutar y hacernos disfrutar de esta fiesta de Momo, y nada menos que en este gran conjunto de parodistas...

-Sí, la verdad que sí.

-Bueno, si querés saludar a alguien, aquí están los micrófonos de la radio del carnaval...

-Bueno, un saludo para todos los que me conocen.

Terminé de hablar y salí disparado al baño. Me miré al espejo, esa tarde nos habían maquillado de verdad. Dos profesionales dibujaron una pequeña obra de arte en nuestra cara, con apliques de espejos y colores en degradé. Había llegado a un lugar que no sabía cómo encajar. No entendía mi función y no lograba sentirme contento. Aspiré mi angustia y el polvo blanco la tapó por un par de horas.

Pude desperdiciar ese carnaval sin que nadie se diera cuenta, la gente aplaudió a uno que no era yo pero los aplausos me sonaban huecos, como mis personajes. Durante la despedida, cuando bajamos entre el público, mientras nos felicitaban, yo sólo quería volver al baño a meterme un par de rayas más o irme a dormir por el resto del carnaval dejando en el escenario la luz roja que avisa que se acabó el tiempo de la actuación, latiendo hasta apagarse.

Llegaba al club y leía en un cartel los tablados que había en el día. Muchas noches las nubes amenazaban con lluvia. Eso era sinónimo de suspensión de espectáculos. Debería entristecerme, menos carnaval, menos dinero. Sin embrago, era tal mi condición que no me importaba. Salvo por la preocupación de no tener plata para comprar *merca*.

Así como De la Cruz firmó un contrato para un programa de humor en TV, sin que estuviera preparado, me llegó el rumor de mi nominación como *revelación del carnaval*, y la oferta para hacer una campaña de publicidad para radio y TV; iba a ser la imagen para una nueva mayonesa.

Estaba convencido que íbamos a ganar. Me pasé los últimos días soñando con el próximo carnaval. Exigiendo papeles protagónicos, temas para cantar y todo tipo de destaques especiales. Ya había pensado que mi cotización subiría, ya no sería uno más sino que podía aspirar a entrar en la elite que cobraba un adelanto en dólares, además del dinero de los tablados.

Pero no ganamos. Quedamos en el tercer puesto y, para sorpresa de todos, el premio revelación se lo dieron a un niño que actuaba haciendo de niño en la categoría "Revistas". Mi *cretinización* hizo crisis. Cuando fuimos a buscar el premio acusé a todos de no saber nada de carnaval. Culpé a la prensa de querer hundirnos y a los jurados de opinar que aquel niño (que no volvió a ganar premio alguno) era mejor que yo. Me duró dos días.

De la Cruz no parecía tan afectado. Lloraban más los utileros que él. Había hecho un montón de tablados, tenía auspiciantes y un nuevo trabajo. Su empresa iba viento en popa, su espectáculo era bueno, su paso por el concurso digno, y el tercer premio era una buena cantidad de dinero, había registrado todo el espectáculo en la asociación de autores, por lo que a mitad de año cobraría un extra por derechos de autor.

Igual hice la publicidad; apenas hablaba, aparecía vestido de huevo y decía *me voy a bailar y vengo*; no era un gran texto,

pero la gente me gritaba por la calle: *Huevonazo*; me reconocían, eso es cierto. Esa fue la única vez en mi vida que actué en TV, lo más cerca que estuve de enderezar la *O*.

Terminó el carnaval y todo mejoró, salvo porque seguí enganchado a la cocaína. Me había gastado todo el dinero de carnaval y estaba a punto de empezar a *esnifarme* el de la publicidad cuando me llamó una voz.

-Vos no me conocés, pero queremos invitarte a un pequeño papel en una obra de teatro en *Mundo Afrika*.

Todavía conservaba la pretensión de ser una estrella y acepté.

En mi vida había ido al teatro, fui a la Ciudad Vieja y me encontré con esa voz; ella no podía reconocerme y mi *cretinización carnavalera* me impidió confesarle que iba a ayudar a que me levantara por segunda vez. Jamás lo sabría. La hermosa chica negra había sido favorecida, con el pasar de los años, con un cuerpo perfecto, rasgos muy raciales y la piel oscura y luminosa.

-Este año salgo de vedette -dijo y descubrí que el color blanco era la forma de sonreír de una bailarina de candombe. Con otros jóvenes estaban preparando una obra sobre la esclavitud y la represión en las minorías; pensaron un papel cómico, ácido y muy cínico. Ideal para mí, en esa etapa. Acepté encantado y enamorado, me daba igual el papel que fuera con tal de estar con ella.

Al segundo día supe que si quería tener opción debía estar lúcido. Mi aspecto fantasmal hacía demasiado obvia la falta de interés, sus hermanos me miraban como un enemigo ancestral y sentía que cada movimiento de acercamiento era tomado como una posible ofensa del hombre blanco.

La obra estaba muy bien. Ni me imaginaba que tras la comunidad negra de mi país había una lucha por sus derechos. En un mundo donde las diferencias son pecado, había vivido mi condición de niño pobre sin mayores consecuencias. En aquellos años mi barrio era un lugar lleno de inmigrantes, trabajadores, y empezaban a aparecer los primeros profesionales. Las segundas generaciones más burguesas, más pretenciosas, las casas de la playa, los chalecitos para el fin de semana, el cochecito de los domingos,

las primeras tarjetas de crédito, los cheques diferidos, cambiar pesos a dólares como forma de ahorro, las deudas en dólares, hacer un viajecito por la madre patria. De todas formas, mi barrio humilde y mi familia numerosa me ponían en un lugar diferente con respecto a los demás blancos y eso, creo, ayudó a mi aceptación en esa comunidad, en el seno de su familia. Lo cierto es que sus hermanos me miraban raro, yo pensaba que era por mi piel, pero era mi postura frente al carnaval. Hablaban de talento desperdiciado y buscar tu propia voz. Comenzaron con ese rollo un día en que supongo que, resignados al interés de su hermana pequeña por mí, ella los acusó de racistas o clasistas.

Luego de hacer el amor por primera vez, Luna se durmió a mi lado enredando sus brazos y piernas en mi cuerpo. No sabía que era tan blanco hasta esa noche; no fui conciente de la diferencia de color, de lo hermoso que se veía; su cuerpo destacaba más y el mío parecía más vivo. Sólo por ese instante ella era la noche y yo la luna. Gracias a ella, mi segundo carnaval como integrante fue distinto.

El viejo Gustavo se sintió solo. La radio muda había soltado, antes del silencio, un tango de Gardel. Dio un par de vueltas sin sentido por la casa y extrañó a su compañera, a la mujer que había querido de manera torpe, insuficiente. A la que no había entendido, pensando que buscaba cosas muy complicadas, anulándola con frases como *a las mujeres nadie las entiende*; había perdido un tiempo precioso. Era tan simple, ella sólo quería que él la quisiera y le fuera sincero. Quería que la hiciera reír, que la acompañara. Lo sabía con certeza, hoy, con ella lejos hace años; sólo quería que él la quisiera, como la quiere ahora que ya no está.

Uno de los últimos domingos del invierno uno de sus hermanos iba a su ensayo y comenzó a tocar en la calle. Llegué a verla

y nos pusimos hablar. Creo que le caí bien, incluso mejor que cuando la obra de teatro.

Para el fútbol y para el candombe siempre nos llaman, pero no vas a ver políticos en altos cargos, o profesionales negros con facilidad, comentó. *La gente cruza de acera cuando se cruza con un negro de noche*, afirmó. Era muy joven y tenía una carga ancestral. Pero tuvo una idea que, soy testigo, se transformó en epidemia. Me dio un tamboril y me explicó cómo tocar, algo simple, acompañándolo. Comenzamos a caminar tocando, a los docientos metros ya no podía más, sentía que la punta de los dedos me iba a estallar. Pero de algún lado salieron dos, tres, diez tambores más y comenzaron a seguir el ritmo. Se transformó el barrio. Los vecinos salían mate en mano y los que no tocaban caminaban a nuestro lado, algunas chicas bailaban, un marica se puso frente al desfile a mover las caderas como loco; antes del kilómetro, parecía una maratón de tambores y gente de todos colores caminando en procesión, acompañando a mi cuñado a su ensayo, al que llegó alucinando a su comparsa. La verdad que yo había dejado de tocar a mitad de camino, pero los acompañé hasta el final. A partir de ese día y en varios barrios de Montevideo, hace muchos años, de forma ininterrumpida, los domingos de tarde se juntan tambores y caminan tocando, rompiendo las tardes más aburridas que uno pueda imaginar.

Me había animado a escribir la parodia de *Raíces*. Eso había convencido a De la Cruz a tener varios integrantes de color. Yo hacía de Kunta Kinte, sólo con la cara pintada; quedaba muy gracioso. Estaba disfrutando tanto que casi sin notarlo fui dejando la *merca* de lado hasta que desapareció para siempre de mi vida. Sin mucho ruido, por la puerta de atrás, sin desintoxicación ni clínicas especiales; pero no estaba curado.

Nos tocaba ir a concursar dos días después de *Las llamadas*. Esa era la noche más importante para Luna y su familia. Por el barrio Sur salían a la calle todas las comparsas, incluso algunas

que se formaban sólo para concursar en ese particular desfile. Venían gentes de otros países a verlas. El tronar de los tambores era una de las pocas cosas que sacudía el polvo de la ciudad.

No podía verla porque tenía tablados, pero había quedado en alcanzarla al final y esperar juntos los resultados. Las llamadas también eran un concurso. Me iba a perder su gran noche pero yo debía hacer mis actuaciones y pasar un ensayo general porque a los dos días nos tocaba concursar.

Pero todo cambió.

A veces no recuerdo si lo escuché en la radio, me llamó al club uno de sus hermanos o lo sentí en mi mente; quizás pasó todo con minutos de diferencia.

Luna se desplomó en pleno desfile. Dicen que bailaba, sonreía y saludaba. Dicen que gritó *viva el candombe*. Dicen que besaba a los niños, que giró mirando a los tambores que venían a sus espaldas y que -en pleno repique- cuando todos esperaban que explotara la danza y sus caderas se bambolearan abriendo sus piernas negras y perfectas, lo que explotó fue su corazón.

Esa noche ya nada importó y, al otro día, como un relámpago me vi volviendo del cementerio con las palmas de las manos (el único lugar de nuestros cuerpos con el mismo color) vacías y secas, como si hubiera tocado un tamboril por toda la ciudad.

Luego me quedé con sus hermanos, era tal el dolor que en un momento todo el mundo dejó de llorar. Sonó el timbre y una voz explicó unas disculpas perfectas y dijo venir a verme. El murguista se sentó frente a mí:

-Mañana tenés la peor prueba del mundo. Tu conjunto se juega todo el año de ensayos. Por lo que pasó hoy decretaron duelo, pero mañana les toca concursar. Llamé al club y me lo dijeron, sólo quieren que estés bien y jamás te lo pedirían, están dispuestos a suplantarte sabiendo que nada será igual, dependen de tu fuerza. ¿Podrás por un par de horas? ¿sabrás apartar el dolor? El te va a estar esperando abajo, sentado en la platea. Pensá en qué hubiera querido Luna.

Cuando fui al club a maquillarme mis compañeros me miraron con asombro. No me esperaban y comprendían. Sólo De la Cruz me abrazó y dijo *gracias*.

Logré actuar correctamente, la gente aplaudió a rabiar, supongo que sabían. Decidí no bajar por la platea, como los demás. Vi a mi conjunto irse, todavía estaba la luz verde encendida, avisando que sobraba tiempo, así que mientras ellos caminaban entre el público yo salí por atrás, en un último intento de burlar el dolor. Fue inútil, allí estaba él, todo el dolor imaginable dispuesto a vestirme luego que me sacara el traje y me borrara el maquillaje. Quizás por eso trabajamos tanto ese carnaval, quizás por eso merecimos tanto el premio, quizás por eso no me importó cuando me dieron la mención a la figura del parodismo. Quizás entonces, finalmente, entendí que debía ir junto con el murguista y salir a su lado.

Cuando imagino a Luna desplomándose en el Barrio Sur, la veo soltando un pequeño globo con sueños, uno de ellos reconstruir el viejo conventillo *Mediomundo* y crear una comunidad negra que influya no sólo en la música y en el deporte, sino en la política de Uruguay. Imagino que mientras su tocado con plumas de colores se acostaba en el asfalto, buscó los tambores, como si fuera su latido. Supongo que podía haber sentido miedo, ya que su padre tuvo un ataque igual de fulminante unos años antes. *El negro Héctor*, como le decían en la Facultad de Medicina, era uno de los poquísimos universitarios de color que se podían ver en ese centro superior, universal, laico y gratuito. La discriminación es un animal con muchas colas. Sólo él y tres negros más habían pasado por esas aulas en años. *Menos mal que no hay racismo*, decía Luna cuando lo recordaba. Su empeño en trabajar y estudiar aunque hiciera un curso en el doble de tiempo lo ayudó, y logró ser médico, casi a los 40 años, cuando ya era padre de casi toda su comunidad. Pero algo crónico explotó luego de un partido de fútbol sala, su otro hobby además de la música. Sus compañeros lo vieron sentado en un rincón y, cuando miraron de nuevo, ya no estaba, había soltado su pequeño globo de sue-

ños. Imagino a Luna mirando el cielo de carnaval como aquella noche en que yo era un cabezudo caído mirando algunas estrellas, las que el brillo dejaba ver, pero ella me levantó y pude seguir.

Pocas veces vi fumar al murguista. Sería parte de sus múltiples rituales para cuidarse la garganta. Hay que tener en cuenta que durante muchos meses, todas las noches, por horas y horas, cantaba alto, fuerte y -como bien manda la tradición murguera- partiéndose la boca. Normalmente los murguistas beben y fuman, cambian la falta de precaución por brebajes secretos, muy usados para los días de concurso o cuando se *mancaban* (o sea, cuando se quedaban disfónicos). Esos oscuros brebajes tenían mil combinaciones, pero repetían en diversas dosis y métodos de ingestión, una bebida de alta graduación alcohólica y clara de huevo. Una vez me tocó probarlo y lo más difícil era evitar el vómito.

El día que salí del Teatro por atrás, él paseaba por el pedregullo con un cigarro encendido, como en los días de concurso, quemando los nervios.

-Lo que hiciste hoy es parte de la esencia de un artista de carnaval. Ahora vamos a llorar por ahí. Y me llevó a unos boliches oscuros de Montevideo; en sus mesas se habían descargado todo tipo de tristezas, desde desengaños amorosos hasta fracasos económicos, desde amistades traicionadas a proyectos hundidos. Todo se ahogaba en caña, grappa, bebidas transparentes con mucho alcohol, para atravesarlas con los ojos mientras ellas nos atraviesan la conciencia.

De la Cruz fue quien más cerca estuvo de *enderezar la O*. Primero trabajó en la TV nacional, en un programa de humor que aparecía al mediodía; luego, junto con los premios de carnaval, vino una oferta para trabajar en un programa de humor de Buenos Aires. Tuvo que elegir y se fue a vivir allí. Nos contó que había un equipo de producción con los que hacían mil episodios cómicos, luego los editaban y el director del programa decía cuál salía al aire y cuál no. Se emitía el cinco por ciento de lo

que se hacía; y él cobraba por episodio emitido. Luego logró hacer *bolos* (pequeñas apariciones) en otros programas, al director le causó gracia un personaje que hacía (muy amanerado, nunca supe por qué pero a muchos tipos eso les provocaba mucha gracia). Total: estuvo haciendo dos años enteros de maricón, con contrato fijo, salió hasta en una tapa de revistas con su cara y su famosa frase (repetía *¡divinooo!* ante cualquier pregunta). Hizo un tema musical, un cameo en un largometraje y luego desapareció para siempre de las pantallas.

Esos años de gloria no salió en carnaval y luego, cuando volvió, todo siguió como si nada. La gente lo siguió aplaudiendo, su conjunto siguió concursando, cada tanto algún gil le gritaba *divino*, y nada más. *El carnaval no se come a las personas, la TV sí*, comentó un día.

Conseguí un trabajo como taxista. Fue como sacar la lotería, paseaba por las calles una y otra vez de las cuatro de la tarde a las cuatro de la mañana. Ese horario casi define mi abandono de las tablas; ya me veía escuchando las trasmisiones radiales mientras trabajaba. Un compañero de los parodistas, Gerardo Angel, que además era cantante de música tropical, me dijo que debido al éxito de su último disco iba a dejar su puesto en el taxi. Así me presentó al dueño que resultó ser fanático de nuestro conjunto y le encantó la idea de que fuese su empleado. Así, gracias al carnaval, encontré el trabajo de mi vida.

Sin embargo, el frío invierno ayudaba a que no sintiera nostalgia. Cuando recibí los premios sólo había dicho *gracias* y por dentro se lo dediqué a Luna. Me veía ajeno a todo. Si cada carnaval lo iba a asociar con este, era obvio que no debía seguir.

Ya en primavera, la casualidad me volvió a acercar al carnaval. Ya había dicho que mi horario de trabajo me iba a impedir salir. Pero, en cuanto se supo que no tenía conjunto, varios dueños de otros grupos de parodistas y humoristas me ofrecieron para estar con ellos; incluso me llamó una revista y, por último, los

hermanos de Luna casi me convencen de hacer la obra de teatro pero adaptada al concurso de febrero. Fui a un único ensayo y supe que no podía; ellos lo entendieron, o eso creo. Lo cierto es que sólo escuchar los tambores me partía el alma.

Las constantes negativas lograron que al parecer nadie recordara de mi breve carrera artística. Pero un día fui a la aduana a buscar a dos porteños y hablamos mientras los llevaba al hotel; resultó que venían de hacer un documental sobre la identidad uruguaya. *Tres millones de personas que viven al lado de dos gigantes como Brasil y Argentina, ¿cuáles son los motivos que los hacen vivir juntos? ¿cómo se reconocen entre ustedes?* preguntaban.

-Quizás, el carnaval. -opiné, aunque hasta el día de hoy no sé si es la respuesta correcta.

Sólo lo dije, pensando en que toda mi vida giraba o había girado en torno a él, mis alegrías, mis tristezas, mis éxitos y mis fracasos, mis miserias y mis grandezas. La música que escuchaba o a la que detestaba. A través del carnaval había entendido las noticias del año, había conocido (aunque en parodia) grandes textos literarios, me había reído y emocionado con artistas diversos, había soñado, había esperado.

Ellos dijeron:

-Eso decimos nosotros, quizás el carnaval...

-Yo salía en carnaval -dije sonriendo, añorando algo que todavía no había perdido.

Entonces me dijeron si podía ser su guía, presentarles gente, lugares, explicarles un poco de qué iba el tema, y así me vi enredado, otra vez, en la fiesta pagana, callejera y popular más larga del mundo.

Marcelo y Félix, los documentalistas, verían alterado su camino. Lograron hacer un documental hermoso y, aún así, su máximo logro fue obtener un archivo increíble, un casting espontáneo de músicos, humoristas y cantantes. Les fui mostrando personas al azar, sin plan. Algunos elegidos porque nos quedaba de paso, otros buscados por mí a propósito, ya que en el momento recor-

daba la historia de algún carnavalero. Conocerían a Julián, un restaurador de libros que dirigía murgas y había logrado, en la salida de la dictadura, que uno de sus temas fuera el emblema de esa época. Al *Muñeco*, un tipo con la capacidad de imitar absolutamente a todo el mundo. O a un platillero que nadie sabía cómo se llamaba pero en los estribillos de la murga emitía un gritito muy característico que todos reconocían. Exitos como el de Roger Cardozo, que tenía una murga de jóvenes con sus amigos del barrio y terminó grabando discos fusionando murga y rock, dos géneros evidentemente hermanos. Algunas historias impactantes, como la de Santiago, que sólo veía el exterior de su casa en carnaval, ya que el resto del año -día y noche- cuidaba de su madre enferma, y contrataba una enfermera para los días de ensayo y el mes de febrero. Lo que ganaba en carnaval se lo llevaba la enfermera, pero esos meses eran su vida.

Se fueron con todo el material y prometieron llamarme. Esa tarde, cuando partió su barco, el taxi comenzó a vaciarse de historias, fue como si hubiese terminado mi función. Por un momento perdí la noción de mi edad, me sentía mayor, noté por primera vez en mi vida el peso de los años y mis veintipico se transformaron en más de cien años. En la radio comenzó a sonar un tema de Roger, murga-rock, había ganado otro disco de oro, recogí un pasajero que al subir no pudo contenerse y dijo *me encanta la murga*. No le contesté. Dejé que Montevideo se pusiera gris.

El viejo Gustavo miró al televisor apagado. El aparato mudo, enorme, con botones desproporcionados, hacía años que no emitía ninguna señal. Pero él lo miraba; en el cristal adivinaba su silueta deformada, veía brillos y brumas; hacía bien en estarse apagado, el aparato, si no hay nada para decir lo mejor es el silencio.

-Quiero hablar contigo. -me había dicho el murguista. Me citó en *La Girlada*. Nunca había estado en ese bar, era típico de carnaval, muchos integrantes al terminar los tablados se juntaban allí. Su condición de *abierto las 24 horas* no dependía de febrero; estaba en zona de hospitales, así que médicos, familiares de enfermos, etcétera, le daban vida durante todo el año; pero el carnaval, gran inventor de leyendas, lo usaba como rincón para negociar pases de conjuntos, contratar técnicos o juntarse a *hacer fiasco* (es decir, aparecer con restos de maquillaje disfrutando de la efímera famita). Que el murguista me citara en él relativizaba todos mis prejuicios.

-Queremos formar una mini-murga. Un grupo de ocho (dos por cuerda) para cantar clásicos de carnaval; es para trabajar todo el año, en fiestas, casamientos, y hay propuestas de actuaciones en el exterior, en colonias de uruguayos que viven en el extranjero.

Fue al grano, como siempre, sin rodeos. Era una cooperativa de quince personas, entre componentes, técnicos y productores. Era una experiencia de la cual no me quería quedar afuera. Resultó un éxito. Pintábamos a la gente en las fiestas y todos querían ser murguistas por un rato, ricos y pobres, serios y alegres, sobrios y borrachos, cantaban con nosotros desafinando con placer.

Los que cantan frente al espejo son un perfil de carnavalero que descubrí en la mini-murga. Había visto tan prematuramente la posibilidad de salir en carnaval que no había conocido esa sensación tan intensa. Querer y no poder. Cantar con un disco de fondo, imaginado cómo sería la sensación de estar sobre un tablado.

Un utilero me confirmó que él cantaba frente al espejo, dejó de hacerlo una vez que no se reconoció en la imagen y se asustó.

La mini- murga resultó ser una idea que se copia hasta el día de hoy. Trabajábamos todos los fines de semana, sin parar. Bodas, cumpleaños de quince, despedidas de soltero. Al principio me extrañó que el murguista estuviera metido en un proyecto tan comercial, pero él -con más visión que yo- sabía lo que hacía, la mini-murga era mi preparación definitiva. Para empezar, volví a adaptar mi trabajo a la vida de carnaval, le cambié el turno a mi

compañero, ahora comenzaba a las cuatro de la mañana -hasta las 15:30- y dormía desde esa hora hasta la hora de las actuaciones, y planifiqué que en carnaval tendría que aguantar con cuatro horitas y alguna siestita suelta que robara durante mi turno, aprovechando las horas de poco trabajo. Era un horario ideal, para un soltero que vivía con sus padres, siendo ahora hijo único, luego de las seis bodas en las que fui fotografiado de testigo.

Ensayamos lo justo, aprovechando el tiempo al máximo. Atrás quedaba el recuerdo de los ensayos de carnaval que llevaban horas aunque sólo pocos momentos eran productivos. Esto era absoluto, a veces una hora y sacábamos un par de canciones que traíamos con la letra estudiada de memoria. Aprendí todos los clásicos del carnaval, los que forman parte de nuestra memoria cultural, las canciones que todos sabemos cuando queremos armar un coro improvisado (*se van se van los patos*; *parece mentira las cosas que veo por las calles de Montevideo*), me parecía increíble cómo esas frases podían, ellas solas, generar una identidad común, un recuerdo colectivo (*Araca es la murga compañera de un pueblo que construye su senda verdadera*), eran como un chispazo, una parte de la frase disparaba el resto del tema en cualquier persona del país (*llegaron, y en sus alegres cantares...*).

Pero no hay mayor lección que la vida de los hombres. Muchas historias aspiran a eso y, lo entiendo ahora, al borde de la muerte, rodeado de ropas de carnaval, mirando el rostro muerto del murguista. Veo los vestigios de su historia y del momento en que me la contó.

Efectivamente, comenzamos a hacer giras; primero fuimos a Australia, el viaje en avión fue tan tremendo que opaca el breve recuerdo de Sydney. Sólo retuve un montón de personas que parecían más uruguayas que las que vivían en Uruguay. Supongo que les aterrorizaba la idea de perder identidad, no lo sé. Amaban la murga, tenían una muy buena, y les encantó nuestro grupo. También fuimos a Miami, me gustó bastante menos, a pesar de estar más cerca; lo más divertido fue cuando nos perdimos con

El Colorado, un compañero que estaba empecinado en conocer los flamingos rosados que volaban en la presentación de *Miami Vice*, la serie televisiva.

Cada vez que salía un avión y miraba nuestro suelo, dejó de parecerme pequeño, lo sentí tremendamente verde, intenso.

El resultado de las giras era económicamente nulo; el pasaje, la estadía y las comisiones apenas rendían y la cooperativa decidió que lo poco que sobraba lo invertiría en un disco. Por suerte tuvimos una serie de actuaciones en Buenos Aires que permitieron solventar el período en que todos descuidamos nuestros empleos.

Salir de Uruguay alteró mi visión del mundo, veía la realidad con otros ojos, y comenzó a preocuparme mi futuro, pero llegó carnaval. En uno de los viajes había escrito un *couplet*, se los leí a mis compañeros y les encantó. El murguista me propuso presentarme a la cooperativa donde él y casi todos los del grupo saldrían ese año; mi idea original era venderles el pequeño libreto y nada más, incluso pensé en regalárselos. Cuando se lo insinué al murguista me dijo *ni lo sueñes*, y me llamó al otro día diciendo que pasara a buscar el dinero y que me querían en la cuerda de bajos.

Salir en una murga en carnaval. Era una experiencia que no tenía comparación con nada de lo que había hecho hasta ahora. Mi *couplet*, lleno de crítica, se trataba de un empleado público que un día se despertó y se había transformado en ombú; a la gente le gustó mucho. Lo extraño es que a mí me ponía muy triste, me parecía una historia llena de patetismo; en fin, a la gente le gustaba.

En los tablados cantaba al lado del murguista, él era de la cuerda de segundos, ya no quería intervenir más que en los coros, ni siquiera le daban solos. Era increíble cómo se notaba la potencia de su voz entre todos, era una melodía clara, que escupía en el momento justo la nota exacta, un segundo después yo acoplaba mi sonido al suyo, y sé que todos hacíamos algo similar. Su voz formaba un colchón y nos arrastraba a todos, nos protegía y

aclaraba nuestros pasos; el director de la murga se movía en forma compulsiva, iba y veía por delante del coro con la guitarra en la mano, y noté que miraba constantemente al murguista, era él quien dirigía. Si el director daba mal un tono, él lo arreglaba en el aire y el coro no desafinaba jamás. También vi cómo en los ensayos lo apartaba del grupo y sugería arreglos y cambios de estilo, incluso varias veces quedó temprano con los chicos de la batería, lo escuché tocar el bombo, los platillos, el redoblante, con gran maestría, enseñando cómo hacer lucir esos instrumentos como si fueran miles y uno solo a la vez.

Salir en una murga en carnaval. Sentir el ardor en la garganta durante todo el día y de noche sólo sentir alivio si cantaba sin cesar. Ponerse el mismo traje noche a noche. Maquillarse todo el rostro. *Señor, me pinta*, dijo un niño. *Claro, pibe*, sonreí agradecido, y le pasé mi cara por la suya y le dejé un buen rastro blanco y rojo, y varias líneas de brillantina. Lo vi alejarse corriendo hacia donde lo esperaba uno de sus hermanos y le pregunté a gritos su nombre. Me lo dijo y, al final de esa actuación, le dediqué la despedida, para asegurarme que en el mundo siga habiendo murguistas, aunque ahora, nosotros, vayamos a morirnos.

murguista

Era un murguista. Esa subespecie es todavía más especial que un carnavalero común. Un ser que está casi tres meses cantando durante horas. Cantando más que hablando, con la cara pintada. Un tipo de bohemio único en el mundo. Años después averiguaría que existen otros murguistas, en las Islas Canarias, que tienen en común el rasgo callejero. *El carnaval es en la calle*, me dijo un día uno de ellos.

A pesar de la gran calidad artística de lo que hacíamos, más allá de tener integrantes reconocidos, dejando de lado que a la gente le encantaba lo que hacíamos, la cooperativa apenas desquitó el gasto de producir el espectáculo. Les debíamos dinero a las maquilladoras y al que nos alquiló los equipos para el ensayo. Hice la mitad de escenarios que con los parodistas. En medio del carnaval, cuando las cuentas nos preocuparon hablamos con un *empresario de carnaval*, dueño de tres escenarios de la ciudad. Nos propuso hacer un *paquete*, tres actuaciones al precio de dos. El murguista casi se lo come crudo, le decía que cómo podía tratar así al trabajo de los demás, que por qué él no hacía eso con las entradas, porque no permitía que las familias numerosas pagaran menos, etcétera.

No sólo no logramos más tablados sino que esos tres escenarios no nos contrataron en lo que quedaba del mes. Habíamos salido sin auspiciantes, logramos reciclar unos viejos trajes, eso fue imperdonable en el concurso. Ese jurado tenía una gran fascinación por las lentejuelas y las telas caras, llegó a premiar el

vestuario de una parodia de charrúas vestidos como pieles rojas, con sus correspondientes penachos con plumas de colores y trajes de raso. El resultado igual fue bueno, la categoría de murgas es la más numerosa y salir entre los diez primeros ya era un logro, de ahí los tres de arriba era para festejar y el primer premio era un feliz accidente. Como dije, a pesar de nuestro pobre vestuario, salimos séptimos; era un logro. Dicen que es muy difícil ganar el primer año, y nosotros teníamos por objetivo *vivir* muchos carnavales.

Cuando estaba por terminar carnaval tuve dos tropezones imperdonables. También dicen que cuando estás a punto de morir tus principales pecados cobran vida y te persiguen, eso se llama purgatorio; quizás por eso, mientras noto que cada vez tardo más en hacer llegar aire a mis pulmones, ahora, que noto a lo lejos que suena una sirena, recuerdo que nuevamente me dejé llevar por una adicción. Todos tomaban mucho alcohol y yo seguía con mi costumbre del 7 y 3 (fanta con vino, o tinto de verano con naranja según el país). Lo cierto es que antes de terminar carnaval alguien me dio a probar grappa con limón. Luego whisky con coca cola y, finalmente, ron con algo que ya ni recuerdo. Comenzaba a las siete luego de dejar el taxi y llegar al local desde donde salíamos, seguía entre tablado y tablado, cuando no trabajaba en el taxi después de la siesta tomaba una cerveza de merienda y, al llegar a la casa de mis padres, en donde seguía viviendo ahora como hijo único, me tomaba un café con cognac antes de irme a dormir. Viví una resaca de meses, llegó un punto en que, entre el sueño, el cansancio acumulado y mi nueva adicción, no recordaba cómo era sentirse bien. Sólo era persona arriba del escenario. Muchas tardes paraba el taxi en alguna sombra escondida de un barrio y dormía un sueño profundo. No noté el fin del carnaval, seguí en ese ritmo hasta que perdí el gusto por la comida. Aparecía en el local y miraba las fotos, solo con el cantinero, que era aún más borracho que yo. Protestaba un poco mirando la televisión y me iba a dormir. Debo decir a mi favor que jamás dejé de trabajar a pesar de mi terrible condición psíquica. Durante mi turno sólo consumía mate y café, y comencé a fumar como estrategia para despabilarme. No pude dejar el

alcohol pero logré dominarlo con el tiempo y, otra vez, fue gracias al carnaval.

A mitad de año vino a hablar conmigo un joven llamado Valentín, quería sacar una murga de niños en Cerro Norte. Esta zona era marcada como zona roja, peligrosa, llena de viviendas precarias y delincuentes de todo tipo. Tenía a varios conocidos de por allí y sabía que no era así de cruda la realidad. Al parecer en la dictadura se había querido eliminar algunos asentamientos precarios pero sin eliminar la pobreza, cosa imposible; al llevar a todas esas familias a vivir en esas viviendas, una de las primeras actividades de los nuevos vecinos fue desmontar los baños y venderlos en el Cerro; luego, la mala fama fue creciendo hasta que por la televisión decían que ni los taxis ni los autobuses pasaban por allí. Todo el mundo decía que no se podía entrar. A mí me pareció fantástica la idea de Valentín. Este muchacho era sobrino de un amigo del murguista y llegó a mí para pedirme ayuda como técnico, ya que él era un buen arreglador coral pero necesitaba un letrista y alguien que le hiciera la *puesta en escena*. Su objetivo era concursar con esos niños en el *Carnaval de las promesas*.

Comenzaba el Día de Reyes y duraba casi todo enero. Había un desfile ese día y un concurso en el Teatro del Parque Rodó; tenía todo y para mí era un desconocido. El *Carnaval de las promesas* admitía niños de hasta catorce años, lo cual es muy sabio, todos deberíamos ser niños hasta los catorce años. El primer día que llegué a Cerro Norte fue como atravesar una ciudad desconocida. Las casas me habían parecido lindas, estaban abiertas y esa era la principal diferencia que noté con el resto de la ciudad. En una esquina reconocí una iglesia que se recortaba entre unos pinos. Conocía el lugar, había venido de noche a un tablado que levantaba el municipio en febrero, a ese rincón (como a otros de la ciudad) lo conocía sólo de noche y desde un escenario.

Estaba lleno de niños, los reunían en la parroquia correspondiente a la iglesia, ya eran la segunda generación del barrio, nietos de aquellos que vendieron los baños de las casas regaladas, ya habría personas que se formarían en ese entorno, para quienes los cuentos de un país próspero y campeón del mundo sonarían

a patraña extranjera, para ellos la verdad era ese barrio, un lugar adonde debían llegar a pie apenas caía el sol porque ni los ómnibus, ni los taxis, querían entrar cuando estaba a oscuras. Decían tener la mayor cantidad de delincuentes por metro cuadrado y la mayor cantidad de policías. El sueldo de un policía apenas le permitía vivir en condiciones precarias; en muchas familias había un hermano ladrón y otro policía.

Dentro de las casas, la pobreza era de un extraño valor, se estaba creando un orgullo de pertenencia a un barrio marginal, se comenzaba a implantar un código ético propio. El principal problema entre los jóvenes era convencerlos que valía la pena trabajar, que la nuestra era una sociedad en la que era posible insertarse, que merecía el esfuerzo. O sea, había que convencerlos de algo en lo que yo no creía tan directamente. No estaba tan seguro que nuestra sociedad mereciera ese esfuerzo, sería más sincero comentarles que debían luchar por entrar en un mercado hipócrita pero esa falta de estímulo sería fatal, y estaba naciendo un flagelo que en el día de hoy es causa de estragos en esa comunidad. La evolución de la droga era tremenda; de aspirar pegamento, los niños pasaron a inyectarse vino y luego apareció la pasta base, un desecho de la elaboración de la cocaína que producía acción y adicción inmediata y destructiva como pocas. Dicen que a su lado el crack es coca cola.

La droga en los chicos, la prostitución en las chicas, la delincuencia en todos, una sombra que decían que estaba sobre esos niños, aunque ninguno de ellos fuera a conocerla, sólo por vivir en ese barrio se les suponía en riesgo, eran potenciales marginales.

Valentín me pareció demasiado joven para llevar una cosa así, pero mi prejuicio se derrumbó en cuanto lo conocí, estaba haciendo la carrera de sociólogo en la Universidad, militaba en la Federación de Estudiantes Universitarios, era un gran músico, era profesor de guitarra y amaba el carnaval; nunca había querido salir en ningún grupo porque para él carnaval era en enero y con los niños.

Sé que hay gente para la cual es habitual. No era mi caso, viajar con el olfato pocas veces se me hizo tan evidente como el primer día que me junté con esos niños. En cuanto los olí recordé el comedor gratuito al que iba, con mi túnica blanca y mi moña azul, al salir de la escuela. Ese olor era una mezcla de comidas de olla, sudor por juegos sucesivos, naranjas como postre universal y cotidiano. Era un olor que siempre había asociado a la pobreza, pero enseguida sentí una certeza que marcaría a mi país para siempre. Cuando niño, los integrantes de las clases medias y bajas vivíamos todos juntos, en el mismo barrio, incluso algún rico compartía calles y juegos. Aunque fuera a un colegio privado, las tardes o los fines de semana estábamos todos juntos, los hijos únicos y los de familias numerosas, los de padres obreros y los de padres profesionales, todos jugábamos en la calle o en el baldío de la esquina. El sistema de mi país ya no acepta esa convivencia. Los ricos viven en casas enrejadas de barrios más seguros, y los pobres fueron escupidos a la periferia de las ciudades o, como en este caso, a las zonas prohibidas, donde no entran ómnibus ni taxis. Yo estaba en ese olor, yo era ese olor.

También desde ese día decidí controlar mi problema con el alcohol (supongo que lo logré con relativa facilidad), consumía mucho pero ya no lo necesitaba, aún así todavía no estaba curado.

Valentín tenía una claridad extrema sobre lo que pensaba sobre el carnaval. A él y al murguista -que en este instante un pequeño movimiento del camión lo movió y logró que dudara de que aún siga con vida- les escuché decir las frases más lucidas sobre la fiesta. Decían por ejemplo que el carnaval duraba demasiado. Que el orgullo de ser el carnaval más largo del mundo lo volvía agotador para todos, incluso para el público. También hablaban de un concurso itinerante que fuera de tablado en tablado y no centralizado en el Teatro del Parque Rodó, de no dar puntos por el vestuario para no apoyar el carnaval en lujos, y muchas ideas más.

El *Carnaval de las promesas* era un réplica del otro. Tenía una Asociación de Directores, una prueba de admisión, categorías (con la particularidad de que existían las *Escolas do Samba*), grupos que tocaban y bailaban música brasilera como en el carna-

val de Río, esos grupos también habían existido y concursado cuando yo era niño, ganadores, menciones especiales. Era una réplica en lo bueno y lo malo.

Les escribí *el couplet del hijo de Superman* y el *de los equipos de fútbol para niños*. Uno era cómico, sobre un superhéroe muy tranquilo (*Supermancito*) al que todo le salía mal, y el otro era sobre cómo un juego podía transformarse en una condena; el mensaje estaba en que no debía pasarnos eso con el carnaval. La puesta en escena me la había planificado como un taller, era muy importante enseñarles cosas, lo poco que había aprendido, aprovechar la pureza. Cada noche, al ver la entrega, las ganas de esos niños, creía en el poder del arte, era impresionante verlos dejar todos los problemas sociales, personales y familiares fuera del lugar de ensayo y disfrutar de cada canción, de cada arreglo coral, de cada movimiento, de cada chiste. Tenían una disciplina envidiable, se tomaban el trabajo con mucha madurez. Era muy difícil lograr buenos tonos y que cada cosa no quedara graciosa sólo por ser dicha por un niño, pero a fuerza de ensayos estábamos logrando un espectáculo fresco, dinámico y divertido, que es más de lo que pueden decir muchos grupos, incluso hasta el día de hoy.

Valentín lo dijo claramente, debía ser una escuela. Por eso organicé un taller de guiones, para trabajar juntos sus libretos. Por eso al año siguiente mis letras no serían necesarias; dos de los chicos, ya adolescentes, habían escrito un couplet genial con el que ganarían el próximo año.

Fue un carnaval magnífico, desde la prueba de admisión al desfile, las ruedas del Teatro, la noche de fallos. Tenía todo, y en ese caso ganamos todo. Primer premio, mención al mejor couplet, la mejor despedida, mejor personaje de murgas, mejor coro y puesta en escena. Los niños festejaban como si fuese un campeonato mundial. Durante el festejo el murguista pasó a saludar y me comentó algo que yo también estaba pensando. ¿Qué hubiera pasado si perdían, si no pasaban la prueba o no clasificaban a la segunda rueda? ¿Era necesaria una competencia en las promesas?

Pero estuvimos de acuerdo que era real, era lo que se iban a encontrar en el futuro. Esa misma noche, parodistas infantiles

que organizaban un grupo de padres de otro barrio me solicitaron colaboración. Les pedí tiempo para ver qué pasaba en carnaval, pero la experiencia me atraía, era una forma de reconciliarme con mi primera categoría en carnaval. Sabía que al año siguiente mi presencia sería menos necesaria; habíamos logrado el objetivo, ellos serían sus propios técnicos.

La noche de la entrega de premios, cantaron como nunca; estaban sueltos, bailaban, disfrutaban, dieron un gran espectáculo, el que sólo es capaz de dar quien está enamorado de su oficio de bufón del pueblo.

Su empuje me cambió el carnaval, me dediqué a escribir y cedí mi espacio a uno de los chicos, ya adolescente, que debía dejar el *Carnaval de las promesas*; lo llevé a la cooperativa y lo presenté como un gran *cupletero*. Durante los ensayos, trabajaba con él antes y después de la hora en que estaban los demás y logramos una actuación redonda. Era un joven muy simpático, extrovertido, un gran comunicador, con una voz prodigiosa y la ductilidad de un actor de experiencia. Hacía una dupla fantástica con el murguista, que le hacía de *patiño*, la parte seria, *el que le levantaba los centros*. A mí el cambio me resultó una fiesta. Me ponía mi traje de principio a fin, y la principal actividad del utilero que tenía asignado era conseguir los teléfonos de la chicas que me hacían algún gesto de acercamiento durante las actuaciones. Al principio, cuando alguna me saludaba en la penumbra y yo le pedía a él que se le acercara, siempre me decía lo mismo: *no quiso darme el teléfono*. Un día, cuando repetimos el tablado, me acerqué y una de las chicas me dijo que no la había llamado, que era un antipático, que el divino era Carlos que la llamaba todos los días. Casi lo mato. Subí al camión hecho una furia y tuvo que confesar su traición. Solucionado el incidente, afloró en mí un *don Juan tercermundista* digno de ser llevado al cine. La soledad es una mala compañera, para hombres y mujeres, por una caricia estamos dispuestos a soportar a cualquier imbécil. Esa fue mi teoría posterior a esa triste etapa. Existe una canción que desmitifica el atractivo de un murguista, pero yo viví una experiencia inversa. Pocas veces alguien con la cara pintada de colores había vivido tantas conquistas. Por suerte despertó en

mí una energía que desconocía, era capaz de irme a trabajar sin dormir por estar con una de *mis fans*. Alguna de ellas llegó a enamorarse, y tenía de todo, desde señoras adultas en su última etapa de seducción hasta jovencitas deslumbradas por la vida. Y yo, por supuesto, seguía siendo el mismo cretino incapaz de mantener algo en equilibrio. Mi necesidad de vivir al extremo me llevaba a no razonar lo que hacía y quedar en citas que luego no cumplía y mentir promesas en las que no tenía la más mínima intención de participar. Pocas cosas marean más que una *famita* para la que no estás preparado. Estaba en constante guardia y ya había trasladado mi caos a todos mis círculos. Incluso en el taxi no dejaba de intentar seducir a todo ser femenino que se subiera al asiento de atrás. Lo vivía con tal vértigo que más de una vez me desperté al lado de una mujer de la que desconocía el nombre, pero lo peor es que ni siquiera me gustaba.

El carnaval terminó y yo seguí de largo con mis noviazgos, una en cada punto de la ciudad, dos vecinas, una madre y su hija, etcétera... Salimos terceros, y el nuevo *cupletero* obtuvo el premio a la *revelación del carnaval*. Todo bien, más festejos, otra *novia*.

El año pasó volando y comencé a ensayar con los parodistas infantiles.

Todavía no tenía clara la importancia de leer los mensajes, los avisos que te hace el destino para alejarte de una situación.

El grupo de parodistas era diferente, era llevado por un tipo de dudosa reputación, y el primer día sacó el tema del dinero. Le pedía a cada padre de los chicos una cuota para financiar al grupo, además de estar patrocinado por varios negocios del barrio. Hablé con Valentín del tema y el me mostró los números de su murga, con el dinero del premio les había comprado útiles y materiales escolares, además de un par de zapatos para cada niño, *se lo habían ganado* comentó. Este otro tipo, en cambio, ya tenía proyectado una serie de *castings* por los que iba a cobrar a quienes tuvieran el sueño de ser parodista, por su derecho a probarse y quizás salir en un conjunto que él quizás sacara en el

próximo carnaval de adultos.

Tuve una mezcla de rabia e impotencia; si dejaba el grupo lo entregaba a merced del lobo. Una cosa clara es que le iba a cobrar por mis servicios; ya vería luego cómo emplear el dinero, pero no se lo iba a llevar todo. No fue tan fácil; los padres que pagaban su cuota creían invertir en su hijo como futuro artista. El talento no es tan barato ni tan caro, pero eso no lo entendían. Estaba obligado a probarlos a todos en cada papel para que se hiciera evidente quién podía actuar y quién no. *Mi hija tiene que cantar en la despedida*, exigía uno; *le sale muy bien el último de Gloria Estefan*. Otra madre insistía en el talento de su pequeño para las imitaciones; debo confesar que sus constantes acercamientos me convencieron de meter varios personajes para el nene, ya que ella me lo agradeció con su boca en el baño, luego de cada ensayo.

Pasamos la prueba de admisión, sabía que la cosa no iba bien. Nuestra murga comenzó a ensayar y por suerte eso me daba energía para llevar el tema adelante. Guille, mi compañero de taxi, viviría en ese entonces una experiencia única. Me llevaba y me iba a buscar para cambiar el turno, se quedaba un momento en los ensayos, me sustituía en los días importantes; era genial, el compañero ideal. Solucionaba mi traslado cuando del ensayo de los niños tenía apenas unos minutos para ir hasta mi ensayo, sobre todo durante diciembre, cuando se superponían ambos. Una noche, en la semana que va entre navidad y fin de año, mientras me esperaba en una esquina, unos chicos lo asaltaron. El les dio el dinero que tenía y, al despedirse, uno de ellos le disparó.

Luego del estallido salimos todos al lugar, el taxi tenía un cristal roto y mi compañero estaba como dormido; en cuestión de minutos aparecieron de la nada un montón de taxis que había llamado antes de callarse para siempre.

Guille sobrevivió, pero la bala destrozó su laringe y jamás pudo volver a hablar. A partir de aquella noche decidí alejarme del grupo; no era miedo, pero ya no sentía ilusión, y aquel incidente del que me sentía responsable había sido la gota que colmó el vaso.

De todas formas, no es esa la experiencia de Guille a la que me refiero. Un mes después, ya en enero, le dieron de alta y, para animarlo, lo llevaba a mis ensayos. El murguista tuvo una idea genial, me lo dijo antes de un ensayo y luego fue una cábala. Lo presentó a los demás como el nuevo integrante; lo paró entre él y yo y, con la complicidad del director del coro, Guille se convertiría en el primer murguista mudo de la historia. Los demás tardaron en notarlo, pero cuando lo supieron aceptaron el hecho con gracia. Eran tantas las ganas con las que se movía en escena, era tal la cara de ilusión que trasmitía que nadie notaba que al mover su boca no salían sonidos. Trasmitía un canto silencioso, una maravilla de vibración que venía de su interior y se disparaba a la platea.

Sería a partir de ese entonces un integrante fundamental de la murga, el primero en llegar a los ensayos, el último en irse. Guille no pudo gritar la noche del accidente, tuvo que esperar a que lo encontraran. Estaba vivo, otra vez, porque es de los tipos que tardan una vida en morirse.

Entre las consecuencias de lo de Guille, estuvo que los taxistas hicimos una huelga muy grande pidiendo seguridad, el gobierno decretó la instalación obligatoria de la mampara, una barrera transparente, supuestamente antibalas. Mi compañero hizo un gesto muy significativo en cuanto volvió al taxi, estaba con mucha adrenalina por su debut murguero y, a partir de ese día, todas las noches daba un paseo por la zona roja, como declaración de confianza hacia aquellos vecinos. Por mi parte, además de tener los horarios un poco más complicados cuando me cambiaron de compañero, mi conquista de pasajeras se vio limitada por un muro que apenas dejaba escuchar el destino del viaje.

De todas formas, mis aventuras eran mínimas comparadas con las que se contaban en los ensayos. Jamás pensé escuchar tantas historias tormentosas. Un compañero, por ejemplo, había salido a comprar cigarrillos una noche y volvió a los tres años. Al parecer tenía pactado con su amante irse a vivir con ella y no tuvo el valor de decírselo a su esposa. Salió, llamó al otro día,

luego a la semana y así. Contó que llamaba, decía que estaba bien y que volvería pronto. Lo que más me impactó fue que un día volvió, entró, se sentó a ver televisión y todo siguió en silencio, como si hubieran hecho una pausa. Me pareció tremendo, me dio una sensación de tristeza y soledad muy profunda. Otras historias eran más divertidas; uno se fue de juerga una semana y cuando su mujer lo esperaba para matarlo alegó que había sufrido un accidente y le había dado amnesia. Pero no todos los cuentos ridiculizaban a las esposas; uno contó que llegó apenas tarde, limpito y, casi en secreto, se deslizó por la cama, seguro de su impunidad. Su mujer lo abrazó y comenzó a tocarlo, él venía de un encuentro feroz de sexo casual, y ella le susurró: *no podrías darme lo que necesito ahora, esta arma ya no tiene balas*, y se dio la vuelta no sin antes suspirar, como por accidente, *habrá que conseguir otro rifle de más alcance, yo me hago la boluda pero no lo soy*. Dijo que fue una medicina, una lección. No faltó la historia del Picaflor que un día llevó a una de sus novias a hacer tablados, en este tema hay diferentes códigos según el grupo, en el nuestro no estaba permitido; cosa que hoy, con el camión volcado en medio de la noche, agradezco al destino. Ese Picaflor, recuerdo, subió a hacer su actuación y -al bajar- un utilero le preguntó: *la rubia, ¿es tu novia?*; *sí, y no le digan nada porque es una chica bien*. El utilero se rió: *Bien puta. Se la está chupando al del bombo*. Lo que escuchábamos era un reflejo, machista e infantil, de nuestra cultura de géneros. Veo hoy esos recuerdos con cierta ternura; quizás sea la muerte, pero recuerdo los poemas, las dulces palabras, las caricias suaves, las promesas inútiles, las seducciones que sólo buscaban un poco de compañía, nada de dolor en todas esas historias.

Fue un carnaval estupendo. En el concurso salimos entre los diez primeros, ya no recuerdo ni el puesto, todo quedó opacado el primer día de carnaval, durante el desfile.

La murga iba cantando y bailando, era una noche preciosa, se aglomeró mucha gente y nosotros cantábamos una parte del repertorio cada cincuenta metros. Dicen que un año intentaron

hacer el desfile en el Estadio Centenario, todo el mundo sufrió la lejanía. En el desfile, muchas veces la gente se confundía con nosotros. Guille estaba transformado, bailaba con una alegría insólita, por un momento pensé que aquel balazo le había dado algo con lo que había soñado y estaba festejando su nuevo nacimiento. Tanto fue así que al otro día de mañana nos enteramos por la prensa que lo habían premiado como *personaje del desfile* en nuestra categoría. Ese carnaval quedó marcado por una voz que nunca se escuchó.

El viejo Gustavo se paró por última vez frente al espejo. Respiró con tranquilidad, comenzó a bailar *a marcha camión*. Los brazos en lento bamboleo, las piernas como un arlequín. Algún hueso crujió pero siguió con su danza, giró, se detuvo y, en gesto solemne, cantó:

Hoy
Rompió la lira su mutismo triste y a su son…
Van
Mariposillas portadoras de ilusión…

Era imposible cantar más desafinado. No lograba ni el tono ni la melodía. Normalmente la gente que no canta bien no lo nota tanto, pero para mayor tortura, para torturarlo bien torturado, él notaba el desagradable sonido que soltaba. Se miró, como lo hacen *los que cantan frente al espejo*. Con una mezcla de rabia, vergüenza y frustración. ¿Qué había que tener para salir en carnaval? ¿Quién decía quién podía y quién no? ¿Por qué lograba apreciar la belleza, disfrutar de las melodías, pero no podía sentir el placer de cantar en público?

Miró el espejo.

Sintió el vacío que había a su alrededor. Olía a nada.

También en ese febrero logré estabilizar mi vida sentimental. Un par de experiencias traumáticas me ayudaron. Una vez fui a buscar a una chica con el taxi y me recibió con sus amigas diciéndome: *Pero, estás vestido normal*.

¿No pretenderías que anduviera por la calle vestido de murguista? contesté, comprendiendo que muchas veces para ellas era un juego igual de superficial que el nuestro. Luego fuimos a su casa, sus padres no estaban e hicimos el amor. *Fue mi primera vez*, dijo sonriendo mientras se iba a duchar. Me quedé consternado, supongo que tanto nos hablan de la virginidad y su importancia que no esperaba tanta naturalidad, ni tanta fluidez, ni tan pocas barreras. Al principio hasta dudé, pero qué sentido tenía mentirme. Miré entre sus cosas y encontré su carné de identidad. Tenía catorce años. Trataba de recordar su cuerpazo de mujer tremenda y su ímpetu y sentí una presión tremenda en el pecho. Era imposible, no podía ser cierto. Acababa de acostarme con una menor en su casa. Se me terminó de congelar el cuerpo cuando descubrí la foto de su padre. No sé nada de rangos militares, pero tenía un uniforme lleno de cosas sospechosas, medallas, bandas, líneas que cruzaban su brazo. Me vestí despacio y, para terminar la torpeza, me fui sin avisar.

Otra vez me crucé una noche con una vedette de revistas bastante conocida. Me miró y la seguí, hablamos y me pidió que al otro día la fuese a buscar a su casa. Ya estaba preparado para la batalla. En efecto, me hizo entrar y comenzamos a tomar y a hablar. Me invitó a almorzar con ella, todo bien, sin apuros ya que daba todo como un hecho consumado. Al rato estábamos desnudos y revolcados salvajemente en su cama. Se escuchó un golpe y dijo: *Mi marido*. *Como en las películas, o en los chistes malos*, dije sonriendo. Pero era en serio, esa situación de la que uno escucha tantas veces y cuenta tantos chistes variados de esposos que se encuentran toreros bajo su cama y salen a buscar el toro por la casa, o amantes escondidos en los roperos que ante un incendio gritan *salven los muebles*; en esa situación ridícula me encontré. Saltando por un balcón desnudo, en pleno tarde. Quedé en un jardín, entre las plantas, mirando que no había ni una nube. Atento a los ruidos de la ventana lejana. Al rato, se escuchó música. Por suerte era verano, pero mi taxi estaba a dos manzanas de allí. Pensé en hacerme el desmayado y esperar a que me rescataran. Pero mi salvación fue el esposo engañado. Al otro lado de un muro estaba el fondo de la casa de mi amante

con ropa secándose al sol. Como un ladrón salté y me vestí con una camiseta de fútbol y un vaquero. Traté de darle naturalidad y salté hasta el otro lado. Para darle un toque de osadía a mi crimen, decidí salir caminando plácidamente e incluso pasar por frente a la casa del matrimonio. Así lo hice y, cuando estaba por sonreír, escuché un grito: *Un ladrón, un ladrón*. El marido gritaba desde la ventana y yo salí disparado; no sabía que se podía correr tan deprisa descalzo.

Los dos episodios en la misma semana me exigieron unas vacaciones, pero -como sucede siempre en estos casos- cuando no la buscaba apareció Catalina.

Nada es inocuo en la vida de un artista, creo haber leído un día. Quizás por eso en esos años escribí un *cuplé* muy divertido contando las insólitas aventuras de *Don Juan de Montevideo*, el primer conquistador oriental. Ya en los ensayos prometía. El público que iba a vernos no paraba de reírse. Guille hacía un personaje buenísimo, hacía de mudo, sin mérito alguno pero interpretaba al sirviente del personaje, transformaba en gestos todo lo que este decía. Don Juan lo interpretaba un viejo *cupletero*, famoso y que todos daban en retirada. Nosotros habíamos decidido reciclarlo. Tenía una voz aguda fantástica, y mucha gracia para los remates. Era enorme y eso hacía que fuera imposible pedirle movimiento alguno, se clavaba en el micrófono del medio y desde allí hacía toda su tarea. Con Guille alrededor, el espectáculo estaba salvado.

Catalina venía con su madre. Se sentaba en un rincón y desde allí disfrutaba. Jamás realizó algún gesto que no fuera una sonrisa. Nunca una insinuación, no conocía el sonido de su voz. Comencé a verla una noche, pero hacía muchas que ella estaba allí. Lo curioso es que noté su presencia una noche que no estaba. Se había llenado de público y para mí faltaba algo. Estábamos ensayando la despedida. Trajeron el *burrero* y, mientras cantábamos y leíamos en ese cartel que gira con una manivela a nuestro ritmo, descubrí detrás del utilero que hacía mover la nueva letra (también de mi autoría) que había un banco vacío. Alguien no estaba.

Faltaba algo. Al otro día estaban allí y la miré. Una señora y su hija. Eso faltaba. Intuí lo especial que sería esa chica para marcar así un espacio y me acerqué. Recibí una sonrisa. La madre dijo: *¿Querés un mate? Están muy bien este año*. Algo que no pude superar aún, vestigio de aquella timidez de la que algún día pude ser esclavo, me puse colorado de vergüenza. *¿Les gusta, en serio?*. Esta vez fue la chica la que respondió. *Sí, de verdad. ¿Vos hacés las letras?*. *Sí, sí*; pero ya no resistí, tenía que saber quién era. *¿Cómo se llaman? Catalina*, dijeron al unísono. Nos reímos los tres y, a partir de esa noche, en cada pausa de los ensayos, en lugar de salir disparado hacia la barra a pedir un whisky, me quedaba con ellas tomando mate.

Se iban temprano, cuando pasábamos por segunda vez la despedida o cuando hacíamos un ensayo cerrado para pulir movimientos o ajustar algún canto. Notaba cómo se levantaban con suavidad y se iban lento y sin mirar, discreta retirada. Antes de desaparecer por la puerta de salida, ella giraba un poco y disparaba una sonrisa hacia mí. *Hasta mañana*, escuchaba a pesar del bombo, los platillos y el redoblante que sonaban en mi espalda.

Una noche llegó sola. Se sentó en su sitio. El ensayo ya había empezado, pero yo no podía dejar de desear que terminara ya. En cuanto cortamos salí disparado a su lado, le pregunté por su madre y dijo: *Se quedó con papá. Dice que va a ir a verlos al teatro*. No pregunté más. A partir de ese día supe que volvería sola, y a verme. *Si querés te acompaño a tu casa; digo, si esperás al final*. *Bueno*, sonrió. Y a mí se me iluminó el mundo.

Pero todos nuestros actos tienen consecuencias que muchas veces se pagan a destiempo. Esa es la crueldad de los castigos, cuando rompen la barrera de la impunidad. Casi al terminar apareció en la puerta *la hija del general*. Aquella que me confesó su virginidad cuando ya estábamos desnudos en una cama, y a la que dejé cobardemente mientras se sacaba mis huellas en la ducha. Tenía una cara extraña. Me asustó su expresión y su actitud. Casi me arruina el carnaval.

Catalina era hermosa por su simpleza. El pelo negro casi largo,

media estatura, ojos marrones, piel cobriza, lindo cuerpo, suave. Jamás llamaría la atención. Había que mirarla pero, una vez vista, encandilaba. Era como un lugar secreto, una playa escondida, un paraíso de paz. Tenía una intuición increíble, recuerdo apenas que (esta noche, cinco horas antes del accidente) me dijo que la llamara al terminar los tablados, que me quedara en su casa a dormir, así no tenía que ir en camión hasta el club, y que incluso podía ir en su coche a buscarme y llevarme ella al último tablado; *para ganar tiempo*, dijo. Me pareció tan rebuscado que preferí que no, *andá a buscarme al club*, le dije. Y ahora puedo morir por no ir con ella tal como seguramente presintió sin saberlo.

La primera noche en que debíamos haber caminado juntos notó la presencia de la chica. La ex virgen se me acercó y, sin mucho gesto, me dijo que debía hablar conmigo en forma urgente. Me fui junto a Catalina pensando en qué hacer y, antes de hablar, dijo: *me tengo que ir ya, quedamos para otro día*. Antes de salir, en lugar de sonreír, me susurró que prefería que la acompañara cuando solucionara todo. No supe a qué se refería con eso de solucionar todo, hasta un rato después, cuando la chica me dijo que creía estar embarazada mientras yo me bajaba el segundo vaso de grappa.

Nunca había sentido tantas cosas contradictorias. Nunca me había enfrentado a tantos fantasmas. Ser padre sin quererlo, con alguien que no amaba, atado para siempre, simultáneamente, al tener la sensación de haber conocido a alguien especial. Abortar, no abortar. Dejar secuelas. Un poco de miedo por el general. Sentirme un cobarde, un egoísta. Pensar en Catalina. Creía estar, dijo. Pero se quedó esperando una respuesta, y yo sentía que de esa respuesta dependía la clase de hombre que iba a ser a partir de allí. Por fin decidí hablar con el murguista. Cuando le conté la historia e iba a contarle lo que me pasaba con la chica del ensayo, dijo: *Catalina. Esa chica es especial, saca lo mejor de vos*. Pensó unos segundos.

La decisión no es tuya, es su cuerpo y ella debe tener la madurez para evaluar qué va a hacer con su vida. Un hijo puede

atar pero no unir. Va a tener un hijo, no un marido. A vos te corresponde decirle si vas a hacer o no de padre. De tu respuesta depende qué tipo de hombre seas.

Eso le dije, agregando el dato de que yo personalmente no estaba preparado para ser padre, pero que estaría dispuesto a apoyarla si ella quería tenerlo. A partir de allí, comenzó a comportarse de forma extraña; más extraña. Me llamaba a cada rato, iba a todos los ensayos, aparecía en cada esquina. Se comportaba como mi esposa, como la madre de un hijo que todavía no estaba segura de tener. Una noche, para helarme la sangre, se apareció con toda su familia, General incluido. Aunque este resultó un pobre milico retirado aburrido de soportar a sus dos hijas, el atorrante de su hijo y la histérica de su mujer. Me vi reflejado en ese espejo, me imaginé terminando como una pieza más de esa triste máquina devora vidas.

Catalina desapareció. No la vi más en el resto del carnaval. Por un momento supuse que, lógicamente, debía haber conseguido un novio a su altura, dispuesto a renunciar a su vida por ella. Combatí la amargura escribiendo. Hice unas letras muy buenas que serían usadas en futuros espectáculos. Una era sobre un bebé que no quería salir de la panza de su madre. Logré hacer guiones más allá del humor, que era lo que hasta ahora me había salido. Logré hacer que los personajes reflexionaran y sus pensamientos hicieran pensar. Era un paso más.

Ya en carnaval no podía disfrutar de nada, la sombra de la *madre* me seguía a todos sitios. Insistía en seguir con la relación y atacaba mi debilidad crónica con insinuaciones sexuales continuas. Una noche dije basta, le hablé muy en serio; no podía seguir así, necesitaba saber si estaba embarazada o no, ya había pasado más de un mes.

Llegó el día del Teatro y realizó un gesto de una fina perversión. Se acercó por detrás, cuando faltaban diez minutos para abrir el telón, y me entregó una pequeña caja envuelta para regalo. Tenía pegada una tarjetita que decía *Felicidades*…

Fue mi peor actuación, estaba completamente nervioso, no lograba encajar ninguna nota; Guille me miraba de reojo y el murguista comenzó a cantar cada vez más alto para tapar mi de-

sastre hecho melodía. En cuanto bajamos me escabullí de todos, amigos, familia, prensa, me encerré en un baño. Abrí la caja. Era un *test* de embarazo. Una raya; le había dado negativo.

Tardé un minuto en reaccionar, salí feliz. Nunca ningún compañero me reprochó haber fastidiado aquella actuación. Todos lo habían notado pero ninguno dijo nada. Simplemente seguimos disfrutando lo que quedaba de febrero. Hablé con la chica, tratando de entenderla. Ya había menstruado cuando se hizo el análisis, eligió el día, según ella, para alegrarme. Le dije que no quería verla más. Se notaba que veía muchas telenovelas porque me dijo: *Hazme tuya una vez más*. No sólo no le creía, sino que me imaginé de nuevo en toda aquella tortura; sólo quería saber dónde podía encontrar a Catalina.

El destino estaba dispuesto a fastidiarme ese carnaval porque el murguista me pidió que fuera en su lugar a las reuniones de los directores de conjuntos. Fue una experiencia extraña y donde casi pierdo sangre. Eran un grupo heterogéneo. ¿Cuáles son los motivos que llevan a una persona a sacar, año tras año, un grupo de carnaval?

Deudas, dolores de cabeza, frustraciones. Muchos conjuntos son empresas inviables. Los fui conociendo de a poco. Algunos lo hacen por ego. Otros, por tradición. Otros son de *los que cantan adelante del espejo*. El caso más curioso de estos últimos era el de un director que hacía que cantaba; era como Guille, pero a propósito. Carecía de talento alguno, pero era su conjunto y condicionaba todo su espectáculo a su limitación. Se buscaba papeles en que pudiera estar correcto, bailaba en la última fila, hacía que tocaba un teclado. Era un farsante que se engañaba a sí mismo a conciencia. Otro director era igual, pero a nivel familiar; medio conjunto eran hijos, sobrinos y primos. Con un poco más de suerte a la hora del talento, decía que es mejor estar en familia. Me reencontré con De la Cruz, era como si no hubiera pasado el tiempo. Estaban los hermanos de Luna que se acercaron cariñosos, y empecé a notar que me tenían cierto respeto, una leve consideración. Tanto ellos como los demás me trataban co-

mo un igual a pesar de mi juventud y de ser nuevo en aquel sitio.

Las reuniones eran de tarde y eran agotadoras, podía parar un rato el taxi y finalmente opté por pedir unos días libres. Se discutían temas muy importantes y que afectaban mucho al carnaval. Desde la integración de los jurados hasta los reglamentos del concurso, de las tarifas en los tablados al futuro de los desfiles y las pruebas de admisión. La Intendencia era quien arbitraba el concurso, pero no dejaba de ser llamativo que fueran los propios interesados los que cuestionaran y establecieran las reglas del juego. No lo sé, supongo que no había otra forma. Lo que sí sentía era que nuestro papel, al ser una cooperativa, era diferente. Cuando los intereses son colectivos suele ser así. Si la política es agotadora, esta política era por momentos absurda. Algunos directores tenían en marcha espectáculos que no podían solventar, tenían deudas enormes con empresas y con componentes que no tenían forma de cobrar esas deudas. Muchos se amparaban en contratos *de palabra*. Realmente era curioso, hablando de cantidades de dinero tan importantes, era muy raro ver contratos firmados, se reclamaba el valor de una palabra que era muy común incumplir. El caso es que conocí a un personaje muy curioso, *el Esponja*. Era director de varios conjuntos, algunos de mucho nombre. El segundo día me preguntó cuánto le cobraba por un libreto de humor para hacer una gira por el interior con cinco componentes de uno de sus conjuntos. Le dije que tenía que verlo y me dio en el acto un adelanto de mil dólares. Jamás había visto una cantidad así, toda junta.

Otro día me citó en su oficina-casa. Un despacho en la Ciudad Vieja, donde hacía su actividad. Realmente nunca supe a qué se dedicaba. Una vez el murguista me dijo que quizás cambiara cheques o algo así, turbio. *El Esponja* me dio otros mil por un libreto lleno de chistes verdes que escribí en la parada del taxi, entre viaje y viaje. Y luego me ofreció *lo que yo quisiera* por un libreto para carnaval, uno para cada conjunto, tenía tres, una pequeña fortuna. Yo solito, con un lápiz y un poco de talento.

Fue un año muy rentable económicamente. De hecho me fui a vivir solo. Y, para contar algo digno de orgullo, no caí en ninguna tentación anterior a pesar de que el ambiente que generaba

el Esponja en sus grupos no era tan familiar como en mi murga.

Pero como todos son ciclos, llegando al siguiente carnaval, cuando recién me había pago la mitad de lo acordado, a pesar de haberle ya entregado todos los libretos, comenzó a cuestionar que escribiese a mi murga. Quizá sentía algo de razón en que era poco ético que compitiera conmigo mismo. De nada valía que yo le explicara que el libreto de mi murga era distinto porque era otro grupo, y que lo tenía listo desde el año anterior y que éramos varios letristas. Nada. Quería exclusividad.

Mi grupo era formidable y me permitieron salir como integrante, entendiendo que no fuese técnico.

Estaba haciendo tablados cuando escuché la actuación de la murga del *Esponja*. Estuvieron bien pero uno de sus solistas se mandó un desafine histórico en la despedida. Cuando me contaron lo que pasó después se me pusieron los pelos de punta. Al parecer, *algunos incondicionales del conjunto* esperaron al solista a la salida de la actuación y lo secuestraron en un coche, le quemaron el traje y lo dejaron desnudo en una playa alejada.

Esa actitud mafiosa me retumbaba en la mente cuando iba a la oficina-casa del *Esponja* a tratar de cobrar el resto de mi dinero.

Al principio me dio largas excusas, luego insinuó amenazas; total, estuvo el resto del carnaval prometiendo y jamás cobré ese dinero.

Lo tomé como un ciclo cumplido que, repito, a pesar de todo fue económicamente muy rentable aunque artísticamente nulo.

Tuve una pequeña e inocente venganza. Ese año mi murga ganó el primer premio, *el Esponja* ganó en todas las categorías con las porquerías que yo había escrito (en todas, menos en murga; aunque todos culparon al pobre solista y su desafine). Mi pequeño prestigio quedó a salvo porque me dieron la mención al mejor *cuplé*; era sobre las nubes grises de Montevideo, todavía no sé cómo *el Esponja* accedió a hacerlo, era poético; creo que no lo entendía pero no se animaba a reconocerlo.

Mi tránsito por el submundo de la mafia montevideana me sirvió para conocer datos que es preferible no saber, mucho menos contar. El sentido común te dice que son realidades inocuas

que sólo interesan a quienes viven en ellas. Pero hay un detalle clave que, por desconocimiento, dejamos de lado: mucho dinero en juego. Un grupejo de influencia tiene sus capitales dispersos en el carnaval, el fútbol y, a veces, salpica al básketbol. Ese mismo grupejo tiene interesantes conexiones políticas, obviamente con politicuchos de medio pelo, en el peor de los casos alguna momia sobreviviente de la dictadura militar. Nunca supe cuántos eran ni dónde estaban. Seguro que *el Esponja* no era ni de los peores ni de los más poderosos. Un pobre drogadicto que usaba el dinero que ganaba en sus prostíbulos para entretener políticos y altos ejecutivos y, a cambio, hacerse dueño de sus pasiones, el fútbol y el carnaval. Un pibe de barrio, como yo, pero bastante más corrupto. Realidades inocuas si uno no comete el error de querer cobrar a toda costa una deuda con uno de ellos.

Mi idea era simple, al principio me hice cliente de uno de sus prostíbulos. A esta altura, cuando ya siento que cada aliento puede ser el último, me gustaría arrepentirme, ahora sí, sentir no haber estado a la altura tantas y tantas veces en estos años, que a la vez no fueron tantos. Ya había probado drogas, alcohol, promiscuidad, y sólo me faltaba pagar por un poco de sexo. Mi debut sexual, en Rosario, cuando era utilero, había sido una iniciación extraña, no podría decir que fría, tenía el recuerdo de cierta ternura maternal. Me gustaría arrepentirme pero no puedo, a decir verdad disfrutaba muchísimo de no tener que prometer, explicar o seducir, es tremendo pero es así, quería sexo y eso había. Quería compañía, y eso me daban. Además yo trataba la situación con la mayor frescura y dulzura de la que era capaz, trataba de hacer de cuenta que era una chica que recién conocía, una nueva amiga que tenía un trabajo distinto. Alguna me convenció de ello y llegué a tener un par de *novias* que incluso encontré fuera de aquel lugar.

Catalina era una sombra, no apareció en todos aquellos días, ni en los meses posteriores. Una de las chicas, un día, mientras yo estaba convencido de que estaba a punto de tener un orgasmo, se puso a llorar desconsolada, al parecer *el Esponja* le había pegado.

Fue un doble sentimiento; primero caí en la realidad de lo

que significaba todo aquello, el abuso sobre una situación, el ser cómplice de una tortura injusta, de una situación de desventaja; por otro lado, la necesidad de vengarme. Hasta donde llegó mi error es algo que no puedo ni imaginar.

Sentado frente a él, mi planteo fue claro. Quería mi dinero, lo denunciaría con el resto de los directores, todo el carnaval sabría de sus negocios, que en festejos y excesos de confianza me había estado contando durante todos aquellos meses. Mi exclusividad se terminaba y quería que mi amiga recibiera parte de mi paga y un trato digno. Sinceramente, *el Esponja* tuvo una reacción buena; sonrió con pena, emitió palabras de comprensión ante mis reclamos y juró acceder a mis pedidos.

Me adelantó quinientos dólares al instante. Al otro día fui al prostíbulo y no estaban, ni la chica ni el prostíbulo.

En el resto del año no tuve novedades del *Esponja* ni de su entorno.

Nos pusimos con el murguista a trabajar fuerte con nuestro conjunto. El año anterior grabamos un disco que gustó mucho; era muy curioso ir a una casa de discos y ver nuestros nombres. Reportaba un dinero por derechos de autor, estaba muy bien. En primavera conocí la explosión de un fenómeno al cual muchos estaban de espaldas hasta ese momento, el concurso de Murga Joven.

Fue fantástico; eran adolescentes, pero formaban grupos compactos, adultos. Era una fiesta de creatividad, frescura; era lo que le faltaba a nuestro carnaval. Con el murguista teníamos la misma percepción, los conjuntos "mayores", empezando por sus dueños y siguiendo por sus integrantes, ponían tal pasión que muchas veces perdían el humor. Eran incapaces de aceptar las críticas, fueran ciertas o no. Había un histerismo tal que, los mismos dueños que votaban a los jurados cuestionaban los puntajes imparciales por imparciales o no ser objetivos, algo imposible de pedir a un ser humano. Carnaval, la fiesta de la crítica, no

aceptaba críticas; era absurdo. Liberados de ese lastre y sin intereses económicos, las murgas jóvenes tenían toda la libertad que nosotros perdíamos carnaval tras carnaval.

La primera vez que escuchamos uno de sus coros, el murguista buscaba algo, entrecerraba los ojos y decía, *tienen algo que nos falta*. Era cierto, él siempre lo había dicho; nuestros coros nunca habían tenido mujeres y ellas eran esenciales. Las murgas jóvenes lo tenían claro, no renunciaban a la dulzura.

Una de esas noches invitamos a tres a tomar una con nosotros. Tenían mi edad, formaron una murga en la Facultad de Odontología, nos contaron que hace años un catedrático (el doctor Perrone) formó *Los doctorcitos* y, en base a sus letras y su idea (tenían claro que la murga es una idea) crearon *La emplomada*. El murguista tuvo la genial idea de incorporarlos a nuestra murga. Pero esperó, querían intentar pasar la prueba de admisión con su murga. No lo consiguieron, lo cual a nosotros nos llamó la atención, pero así Joaquín, Karina y Leo se incorporaron a nuestro plantel. Por sus temas con los exámenes, al llegar diciembre, sólo Karina pudo seguir como integrante, pero los otros dos formaron conmigo un grupo creativo increíble. Eran una máquina de ideas. Cada noche cuando nos reuníamos traían canciones, músicas compuestas por ellos, diseños de vestuarios, ideas para la escenografía, coreografías, e incluso efectos especiales (a mí jamás se me hubiese ocurrido usar títeres con cara de políticos para simular el naufragio del país). Lo cierto es que eran un estímulo; sus constantes propuestas nos llevaban a pensar todo el día en alternativas de espectáculos. Y sobre todo en volver a un concepto que peligrábamos perder, la provocación. Hacíamos músicas inéditas y no sólo los temas que lograban el enganche inmediato por ser muy repetidos durante el año.

Nuestro espectáculo quedó tan crítico, con un humor tan ácido, tan irónico pero a la vez tan sutil, que pensabas todo el día en sus significados; y eso, pensar todo el día, darle vueltas a la realidad, te ayuda a analizarla, a entenderla o a no entenderla, a desear cambiarla, a desarmar tus pensamientos.

El murguista y yo fuimos claves en poner el lenguaje de carnaval, en ayudar con las claves que permitirían que nuestra historia

fuera comprendida por todos, desde el ejecutivo de Carrasco hasta el jubilado de Paso Molino, desde el niño de Capurro hasta el obrero de Casabó.

También eso fue constructivo, vernos obligados a pasar raya y evaluar nuestros propios sentimientos hacia el carnaval. Por qué nos gustaba y por qué no. Por ejemplo, yo odiaba los homenajes en las despedidas, pero comprendimos que estaba bien si algunos lo hacían. El error era pensar en carnaval como algo que gira en torno a un grupo o dos; el carnaval necesita de la variedad, vive gracias a ella, y el concurso debe ser un estímulo, no un castigo. Había que usar toda esa pasión para lograr que quienes no ganaran se obsesionaran con hacer un espectáculo mejor al año siguiente, porque mientras hubiera carnaval habría revancha; en eso no se parece a la vida. Lo entiendo ahora mientras el murguista tiene su cara frente a la mía, luego de utilizar su último aliento para decir: *así de importante puede ser el carnaval*.

El viejo Gustavo apenas tuvo fuerzas para buscar un libro viejísimo que alguien le había traído de España. Era sobre el carnaval de Cádiz; se lo sabía de memoria. Le encantaba. Hubiera dado su vida por conocer ese lugar en febrero. Veía las fotos de la rambla, con cierto aire a la de Montevideo, para imaginarse oliendo el Atlántico. Recorrió las calles antiguas y escuchó las chirigotas. Las había escuchado en la radio, tenía una grabación por allí. Se parecía más todavía al carnaval antiguo, al de su niñez. Se imaginó paseando por Cádiz con su madre. Daría lo que fuera por estar allí antes de morirse.

Nos vamos a Cádiz, les dije una noche a mediados de enero. Todos hicieron una pausa, y luego siguieron hablando como si nada. Tuve que pedir silencio y comenzar la historia de cero.

Les expliqué que hace años participé en un documental sobre carnaval. Y la otra noche me llamaron Félix y Marcelo, iban a un Festival Iberoamericano en Huelva, al sur de España, y nos

financiaban el viaje, la estadía y un dinero muy interesante por varias actuaciones en la previa del carnaval gaditano.

No había forma de negarse, para colmo, además de la experiencia, el dinero; teníamos diez días de jornadas intensas, de ensayos continuos. Tenía cierto riesgo irse con el inminente carnaval, pero el murguista ni lo dudó: *Vámonos, cuando volvamos todo va estar igual; todo, menos nosotros*.

El día antes apreció Catalina. Sabia. Paseamos juntos. Le conté todo, y nos besamos. *Supongo que puedo esperar un poco más*, dijo sonriendo como sólo ella sabía. Nos vino a despedir al aeropuerto; parecíamos una pareja de toda la vida.

Montevideo, San Pablo, Madrid, Sevilla; luego de los aviones, un autobús a Huelva. Mis amigos argentinos estaban igual, muy contentos con lo que habían hecho. El impacto de la pantalla en blanco fue un anuncio. Si ya me alucinaba verla y sentir la sensación de que las salas de cine son universales, y que es muy bueno para sentirse como en casa, cuando apareció mi taxi, Montevideo, y cuando tronaron las murgas, fue conmovedor. Sentí que se me apretaba el pecho. Mi anterior experiencia en las cámaras, además del cuando hice de huevo, era ver la filmación de las actuaciones que, como recuerdo, servían pero visualmente nunca se hacía justicia a la realidad. Pero ese día en aquel lugar todo cambió. Era como ver mi propia vida. Eso es; ese día vi mi vida, y hoy veo que ese día volví a vivir cada emoción que había sacudido en mi interior el carnaval. Un juego de recuerdos felices y sensaciones intensas que ojalá durara para siempre.

Luego nos llevaron a Cádiz. Noté que era cierto su parecido con Montevideo.

Dicen que también es igual a La Habana.

El olor del Atlántico inundaba todo y le daba un aire particular.

Hace algunos años había estado a punto de escribir una parodia de *El principito*, un libro que me habían recomendado; nunca lo hice, pero cumplió para mí una de las grandes cosas que logró

en mi vida el carnaval. Me seducía a leer obras, a escarbar en la realidad, a estar informado, a analizar, a leer libros; me hacía ser y sentir diferente. Esto viene a cuento porque tuve una sensación similar a cuando el principito descubre que en la Tierra hay muchas rosas más que en su planeta. El carnaval en Cádiz era igual de largo (ya el nuestro no era el más largo del mundo), igual de colorido, pero además era muy popular, muy inocente, muy irónico, muy divertido. Además del concurso oficial en el Teatro Falla había chirigotas *ilegales*, grupos que cantaban en las esquinas con propuestas muy creativas y que lo hacían por simple amor al carnaval, por diversión. Manejaban un humor cercano, como en mis primeros textos, como lo que fui perdiendo por la *calidad* y por *puntear bien en el concurso*. La gente que iba disfrazada no pagaba su boleto del tren, podían recorrer la ciudad, y todos estaban dispuestos a jugar, niños, viejos, jóvenes. En esa tierra había más rosas, pero la que tenía y cuidaba en mi pequeño planeta tenía algo distinto para que la siguiera amando, era mía.

Cuando volvimos volando en sentido inverso a la rotación de la Tierra, surcando nubes, todos dormidos y satisfechos, nos dimos cuenta que nada iba a ser igual. Era un escalón más que me faltaba alcanzar. Viendo la desfachatez de quienes inventaron la murga me di cuenta que debía tener esa misma capacidad de análisis, de crítica, y nunca perder la diversión, que todo aquello lo hacíamos los hombres del pueblo, los pobres mortales para desafiar a dioses y diablos, era una fiesta nuestra y para ella nos habíamos inventado un dios a nuestra medida, igual de débil, igual de propenso a los vicios y a los excesos, un pobre viejo que se aferraba a la vida terrenal sabiendo que dependía de nosotros para existir. Ajustamos nuestro libreto, nuestro espectáculo y nuestro coro al máximo. Con nuestra breve desaparición y la noticia de haber salido en un documental y actuado en el exterior aparecimos el día del desfile. Y desde el primer tablado de este año, me di cuenta que era el inicio de una nueva vida; o de una nueva muerte, da igual.

muerto

El viejo Gustavo esperaba ansioso la noche en que actuaría su murga favorita, la murga de Manuel Devesa. Eugenio, el muchacho de las letras, había escrito algo muy divertido y extrañamente profundo; escuchó la primera rueda con una sonrisa constante.

Recordaba a Manuel Devesa. Era un hombre fuerte, dos hombres en uno. Se sentó a esperar y sintió que estaba por desaparecer. No muerto; muerto ya se sentía hace años, era otra sensación. Estaba por desaparecer, ya no existiría para nadie, y temió merecerlo.

El tablado antes del accidente fue muy especial. Fue en el Cerro. Estaba cantando la presentación y vi sentados en la platea a mis padres y a mis seis hermanos, sin esposas ni hijos; era mi familia en pleno, como cuando niño. Me adiviné entre ellos, tomando mate. En la sonrisa de mi padre leí su satisfacción. Existe un instante de pura tensión en todas las actuaciones de cualquier murga. Desde que la primer nota sale del director (o, en nuestro caso, del murguista) hasta que el coro rompe el silencio con una *clarinada*, en esos segundos no se escucha nada. Es un silencio extraño porque en algún lugar de tu cabeza suena la primer nota, pero no se le puede llamar ruido ni música; no. Es silencio. Así se escucha el silencio en verdad. Cuando el director grita *tré*

enciende un switch que ilumina el mundo, pero en ese instante de oscuridad me recordé caminando junto a mi papá por 18 de Julio una tarde de invierno, era inolvidable porque ser el menor de tantos hermanos hizo que fuera un raro privilegio tener ese momento de intimidad con él. Gracias a ese día logré, o creí lograr, ser un integrante más de mi familia, aunque sé que eso tampoco es tan importante. Pasamos por la Plaza de los Bomberos, donde algunas veces terminaba el desfile, se quedó mirando la esquina donde estaban por cerrar el cine Censa, *esto puede ser triste cuando se lo propone* murmuró, y agregó *no te puedo dejar propiedades, tampoco podremos apoyarte en los estudios, pero ojalá puedas transformarte, ojalá encuentres la fórmula para cambiar*. Miré sus ojos en la oscuridad; *soy un murguista, papi*, murmuré; *esto puede ser alegre si me lo propongo*.

Teníamos muchos tablados, demasiados. Eso era muy extraño porque, a pesar del auge de las murgas, no era lo mismo que en las viejas épocas. Durante el día me sentía muy cansado pero estábamos en pleno amor pasional con Cata y eso me daba una fuerza y una energía extraordinarias. Estaba siendo, por todo, mi mejor carnaval. También esa noche conocí personalmente al *Tupa*, quien para mí era el mejor letrista de todos los tiempos. Había ganado muchos premios en el pasado pero hacía mucho que sus conjuntos ni siquiera pasaban a la segunda ronda. Llegó a vivir de sus letras, dicen que hasta escribía personajes de humor para amenizar los relatos de los partidos de fútbol. Era un tipo de barrio que ahora, durante el año, vendía quesos en las ferias; un talento inmediato para contar la realidad, para hacer personajes simples, irónicos, paradójicos, hacía rimas muy carnavaleras, tenía la picaresca metida en la tinta. Tenía grabadas sus actuaciones que fui consiguiendo una a una de viejos carnavaleros. Eran memorables. *Un día escribimos algo juntos, ¿tá?* -me sonrió con los pocos dientes que le quedaban. *Tá,* le contesté, y me salió darle un breve abrazo. Breve.

Está mal que por no tener premios se olviden de gente así, le dije al murguista. *No se olvidan*, me contestó con una mirada cómplice.

Sentados en la caja del camión íbamos los dos en silencio mi-

rando a la luna. Tenía en el bolsillo un anillo de compromiso, me lo puse y se lo mostré. Bastó un gesto; *bien, pibe*.

No hablamos más. Estábamos sentados uno al lado del otro, mirando la calle aparecer por debajo; él siempre protestaba cuando el conductor aceleraba más de la cuenta. Una vez un compañero gritó *los muertos no hacen tablados*, recuerdo ahora. Existen gestos que uno no capta en el momento; cuando sabe la verdad, cuando le dan datos que no había visto, siente como si se abriera un telón y aparece el público en toda su magnitud. La realidad es como un público, nosotros la miramos a escondidas, pero es ella la que nos observa, nos aplaude o abuchea. Aquel día él no protestaba y el camión de la murga surcaba Montevideo, rumbo a un tablado lleno de gente, de niños para ser pintados, dispuestos a pasar el frío de las noches de verano en este país histérico para escucharnos protestar cantando. Criticar. Una de nuestras virtudes, saber criticar.

No puedo hablar de violencia, porque en unos segundos antes de los golpes, los crujidos y los cristales rotos, el camión de la murga se despegó del suelo, como aquellos aviones con los que -gracias al carnaval- viajé por el mundo; la calle quedó abajo y luego el cielo, la luna dio un giro violento, muchos gritaron. Los utileros, que se sentaban a pesar de los rezongos del murguista al borde de la caja del camión, con los pies colgando hacia la calle, salieron despedidos quién sabe adónde, y nosotros giramos. Como las bolillas de un sorteo de navidad dentro de esas esferas transparentes. No va más. Y quedamos así: acostados uno frente a otro, mi amigo, mi hermano, mi padre, mi guía en el reino de Momo, ese dios pagano y cruel. No sentía nada; algún grito a lo lejos, luego algo dolía y se apagó de forma sospechosa. Sentía la humedad de la sangre. Creía que era sangre; sentía su sabor, salada, amarga. Sangre.

El estaba como dormido; era extraño, como si hubiera perdido el conocimiento un minuto antes del accidente y lo recuperara ahora antes de morir.

Abrió los ojos y sonrió. Como lo hacía un instante antes de que el director escénico tirara la nota para encender el coro; un instante antes que se partiera la noche, él sonreía.

Luego habló con frases cortadas y apenas respirando, administrando con prudencia cada aliento que podía ser el último, me contó una historia que yo traduje en mi mente llenándola de palabras e imágenes; él me dio tres frases y yo construí su relato:

Mi hermano amaba a las murgas, era un gran murguista. Mi hermano era famoso por su capacidad de hacer un "salpicón" por semana, donde descuartizaba la actualidad mundial o nacional, y podía hacer una crítica, un análisis, y reír, sobre todo hacía reír. Nunca nadie lo supo porque no los firmaba. En cambio yo, a pesar de mi edad, vivía aún con mis padres, tirado en el sofá todo el día, mirando la televisión sin parar. Subiendo y bajando el volumen para dar más importancia a lo que veía, cambiando de canal como única forma de opinión.

Mi hermano coleccionaba despedidas. Era una extraña afición arraigada en nuestra familia. Supongo que ser hijo de inmigrantes lo marcó más que a mí, y el ejemplo más claro es una de las despedidas más intensas que Manuel, mi hermano y yo, nos dimos. Cualquiera puede suponer una multitud de gestos y palabras, de "hasta luegos", "hasta prontos" o "adioses", de lágrimas, sonrisas y promesas, de juramentos de reencuentro, de contacto, de resignación, de dolor, de sensación de pérdida. Sin embargo, los fantasmas que inevitablemente caminan por nuestra vida son contagiosos, son como una plaga que una vez que se instala se encariña con las relaciones que generan en nuestros sentidos mortales. Y eso éramos aquel día, dos fantasmas, dos apariciones sobrenaturales; no podíamos ver ni hablar, él único olor que sentíamos era el de nuestra capucha negra. Teníamos las manos atadas y el dolor de la tortura se repartía por nuestro cuerpo. Sabíamos que estábamos en una fila con otros detenidos, suponíamos muchas cosas, porque eran tantas las historias sobre los desaparecidos, era tanto el dolor que los asesinos habían impuesto que ya a través de nuestras pesadillas habíamos pasado por situaciones similares miles de veces. Seguramente fuimos los últimos detenidos antes del fin de la dictadura. Todavía algunas veces, cuando la brisa se cuela

por debajo de la puerta y se escucha un susurro, siento un temblor anunciando que la puerta va a estallar para dar paso a decenas de soldados vestidos de civiles que comenzarán a golpearme preguntándome si yo era Manuel Devesa.

Mi hermano había militado desde adolescente en la Juventud Comunista. Pero sólo yo lo sabía. Para mis padres la política o la ideología era una extraña sombra de fines desconocidos, dudosos, infames. Para ellos, todo lo que no fuera la lucha por la supervivencia merecía esos calificativos. Por eso, que Manuel fuera un montón de ideas de izquierda sintetizadas en un ser humano hubiera sido un golpe similar al que recibieron años después con el anuncio de nuestra detención. Ni ellos ni nadie hubieran evitado que él fuera como era. Por eso cada patada que recibía en su nombre era un homenaje a su testarudez. Con cada golpe me convertía en Manuel Devesa. Si esos monstruos pensaban que Manuel Devesa merecía ser pateado, yo sería Manuel Devesa. A pocos kilómetros de mi casa, otras piernas pateaban al verdadero Manuel, obteniendo la misma orgullosa respuesta. La "justicia militar" había condenado a Manuel por pensar distinto a ellos, y la "inteligencia militar" no había sido capaz de diferenciar al futuro detenido de su hermano gemelo. Por lo que, tanto la "justicia" como la "inteligencia", habían decidido apresarnos a los dos. Pocos entienden a los gemelos. En ese mundo de futuras incomprensiones es que mis padres, además de tratarnos como la misma persona, nos habían bautizado "José Manuel" y "Manuel José". En caso de haber querido responder a quienes me pateaban, ¿qué debía decir?

-¿Cuál Manuel Devesa... el comunista o el vago?

Luego me llevaron a un sótano, lo supe por el olor, desde chico tengo un don para los olores. Luego la sangre de mi nariz no me permitió oler nada más. Me preguntaban cosas, estaba todo oscuro, además perdí el conocimiento varias veces. Resultará extraño pero en la oscuridad, en medio de los sueños, aún ahí, sentía dolor; eran buenos mis torturadores, digo buenos en su trabajo, sabían hacer sufrir en forma profesional, contundente y más allá del cuerpo, el tiempo y el espacio. Siempre volvía al camino de la conciencia por la misma vía. En alguna

parte del barrio, podría jurar que en la casa de al lado, un vecino intentaba teñir de normalidad la noche tapando mis gritos con el sonido de su televisor. Torturar en la ciudad necesita la sorda complicidad del miedo. Y yo que pasé media vida acostado en un sillón frente a esa pantalla en blanco y negro no podía evitar aferrarme al deseo de estar en esa situación y despertar de una vez de esa tremenda pesadilla. Claro que, como siempre, la televisión me transportaba a la realidad de sangre y decepción. Ese aparato promete demasiado, es muy traicionero.

No se cuál es el criterio para dejar de torturar, supongo que es clave la certeza que en caso de seguir tendrían que cargar con un peso muerto por las escaleras. Me dejaron tirado en el piso de ese lugar que ya no podría asegurar que era un sótano, por mucho tiempo. Finalmente y con la capucha puesta me trasportaron en la misma camioneta a una distancia más lejana. Estaba amordazado, no podía ni llorar con un sonido digno. Entonces fue cuando ocurrió. Me hicieron atravesar un patio donde había un montón de detenidos. Lo supe por los gritos de los militares. Creo que estaban distribuyéndonos en las distintas celdas y por un instante cruzaron dos grupos. Sentía pasar a mi lado los cuerpos llenos de miedo. Entonces, uno de los cuerpos se tambaleó y tropezó apenas su hombro en el mío. Bastó ese contacto para saber que había chocado con mi hermano. Sé que él también lo supo. Nos gestamos uno frente al otro; eso lo explica. En ese instante recordé o creí recordar cuando noté su presencia compartiendo nuestra placenta, nuestra bolsa de líquido. ¿Cuánto le habrá llevado a él saber que yo estaba allí? Nos desarrollamos rozándonos. ¿Cómo no íbamos a reconocernos entre los otros? Su hombro golpeó con el mío y ambos nos giramos, por unos segundos atravesamos nuestras capuchas y nos reconocimos, vimos nuestro idéntico rostro, igual de golpeado, y en ese instante mi hermano coleccionó su despedida favorita. "Hasta pronto, hermano", me hubiera dicho si lo hubiesen dejado. Además de la anécdota, el contacto nos dio la certeza de que nuestra historia no iba a terminar en aquella cárcel. Bastó tocarnos para saberlo. Quizás por eso mi hermano coleccionaba despedidas, porque era una forma de asegurarse

que su historia continuaba y cambiaba, después de todo era esa absurda necesidad de cambios la que nos había llevado a tanto dolor.

¿Cómo dos personas genéticamente idénticas pueden tener una personalidad tan distinta? ¿Cómo dos hijos de la misma familia, criados al mismo tiempo por los mismos padres, pueden ser tan diferentes? No opuestos; diferentes. Si fuéramos opuestos sería más fácil de explicar. Desde el momento del nacimiento y hasta el día de la capucha negra, éramos físicamente idénticos. Hasta nuestros padres nos confundían, era curioso ya que ellos mismos, por moda, o quién sabe qué designio social, nos vistieron iguales, nos peinaban de la misma manera. Es más, todo lo que tuviese que ver con nosotros era por partida doble. Dos pelotas de fútbol, dos platos con la misma cantidad de comida, dos camas con sábanas idénticas. Llegó el día en que nuestras cosas se parecían más que nosotros mismos. Por eso cuando mi padre se fastidiaba al confundirnos mi madre sonreía.

Cuando me tiraron en la celda apenas sentí al suelo golpear contra mi cuerpo, todavía sentía la despedida de mi hermano. Su hombro contra el mío. Nuestros cuerpos girando, enfrentados en la mitad del patio rodeado de detenidos. Los milicos separándonos y nosotros pensando "hasta pronto, hermano".

Entre sueños escuché hablar en inglés. Luego alguien susurraba las instrucciones en español, luego los pasos se alejaban. Supongo que el asesor extranjero se debía enfurecer con mi caso, yo era un muy mal detenido. No sólo no lograron arrancarme una palabra en todos esos años, se dieron cuenta al poco tiempo que me daba igual estar afuera que adentro. Un día hasta me amenazaron con fotos de mis padres. Daba igual. Además no tenía nada para contarles. Cuando hacía memoria lo único que obtenía era la imagen de mí mismo tirado en un sofá mirando televisión. Lo más interesante que podría trasmitirles era un brillante hallazgo para un ser apático como yo, y si lo pienso bien, podría ser un dato útil para conocer algunas mentes y por lo tanto saber cómo hacerlas sufrir, pero no era el tipo de conocimientos que ellos me pedían que yo les trasmitiera. Con torpeza quizás, pero no hubieran querido oír lo importante

que son los rincones. De hecho yo no hubiese sobrevivido en una celda circular, pero cuando me sacaron la capucha en el suelo y logré abrir los ojos, enfoqué con alegría la unión de la pared y el piso. Como todos los descubrimientos brillantes, el mío fue casual. Un día se me cayó un maní, el último de la bolsa de salados y pelados, rodó por la alfombra y continuó por las baldosas. Tenía los músculos tan dormidos de estar en posición horizontal que era impensable ponerme de pie, me dejé arrastrar hasta la alfombra y con el mínimo de movimientos me deslicé hasta mi merienda. Todo este acto ridículo era lo más interesante que había hecho en lo que iba de la tarde, el "¿dónde estás?" que le susurré al maní la primera vez que emitía un sonido en todo el día, y la búsqueda a la altura del suelo era la única vez desde que los abrí que no miraba hacia la pantalla. Metí medio cuerpo bajo el sofá y mis dedos encontraron el tesoro que no tardó en desaparecer en mi boca. Mientras lo masticaba sentí un reflejo de lo patético de mi situación, pero antes de apenarme miré hacia el rincón. Allí estaba, el ángulo donde se juntaba la pared y el suelo. Un extraño límite. Me levanté y lo pensé un instante. Caminé y todos mis huesos crujieron, incluso algún músculo gritó desesperado. Fui a mi habitación y de nuevo abusando de mi soledad (estas cosas son difíciles de explicar si uno vive con otros seres) me acosté en el piso, con la cara contra el rincón. Era como estar en una caja, solo con uno mismo. Me sentía bien, tranquilo, seguro, ya no era mi casa, era un lugar. El único sonido: mi respiración que rebotaba en el ángulo y me pegaba en el rostro, servía para recordar un dato importante, estaba vivo.

Así estuve horas, o quién sabe, incluso pudieron ser días, con la cara en el suelo, contra la pared de mi celda transformada en un universo gigante, fuera de mi evidente límite podría haber una celda, mi cuarto de adolescente y de hombre, el rincón de mi colegio en que me ponían en penitencia contra la pared. Con razón nunca me importó ese castigo, la paz que me producía la contención había sido compañera de mis experiencias vitales. Creo que fue entonces cuando pensé que esa extraña costumbre de disfrutar los rincones provenía de haber compartido el vientre

materno con mi gemelo. No era disparatado pensarlo, tuve un objeto sólido frente a mi cara desde que me gesté, desde que se me desarrollaron los ojos, podría ser entonces que ponerme contra los rincones fuera un trauma psicológico de querer volver al vientre materno. Quién sabe.

La estrategia de mis captores era simple y seguramente efectiva en la mayoría de los casos, yo imaginaba a mi hermano con un castigo semejante y me parecía sentir su tormento. ¿Cuánto puede estar uno aislado, sin comunicarse?... días, meses, años... Yo sabía que no tener contacto con otros era terrible, pero no para mí que estaba entrenado a estar frente a un aparato gris, digo para el resto. Ellos no me hablaban y yo logré pensar que no existían. Las golpizas se espaciaron hasta desaparecer, y sólo cada tanto me asustaba el hecho de que se olvidaran de que me tenían en aquella cueva, pequeña, sin ventanas. ¿Y si un día simplemente se olvidaban de traerme la comida?... ¿Si habían llegado a la conclusión que no tenía nada para darles y les causaba problemas sólo con mi presencia?... Estaba conciente de las historias, nadie sabía que yo estaba allí. Nadie, salvo mi hermano. ¿Y si nos mataban?... Cada tanto era el único atisbo de que estaba vivo, el miedo a morir; en realidad, peor que eso, ya que mi vida no era nada extraordinario, lo que me aterraba era el miedo a desaparecer. Hoy está, mañana no está... Sin tumba. La sombra de una persona. Mi sofá y mi televisor estarían allí, testigos inútiles, no había hecho ni una marca en sus superficies que dieran testimonio de los últimos años que compartí con ellos. La pantalla me dio muchas historias pero yo no le di ninguna. Mi final iba a ser tan inocuo como mi vida. Tenía la sensación de desperdicio más frustrante y lo poco orgulloso que podría tener mi final como mártir nacía de una confusión ridícula, inmerecida y, lo que era peor, anónima; nadie iba a saber que al menos durante mi tiempo en la prisión nadie me había visto llorar. Ahí estaba yo, acostado con la cara contra la pared, dispuesto a marchitarme, indignado pero incapaz de hacer nada al respecto.

Por eso traté de manifestarme de varias formas. Me daba pereza y con un esfuerzo sobrehumano comencé a dar señales

de vida, de esa forma me vi obligado a luchar contra el olvido.

Sabía que cuando el sol entraba por la ventana aparecía el primer soldado con la ración de pan, agua y algo más, supongo que era paté o algo así; en los momentos previos pensé qué decirle...

"Me quiero ir" fue lo único que se me ocurrió murmurar. "Yo también", me respondió con una carcajada. Fue una respuesta graciosa, no violenta, muy de funcionario del Estado. Fue una respuesta gris, inútil. Supongo que no bastaba con dar señales, debía elegir bien a las personas. Eso era un problema ya que sólo me daban ganas de comunicarme con mi hermano, incluso prefería otro preso, aún a riesgo de que fuera un futuro cadáver como yo.

Entonces mis captores me sacaron de aquella tumba. Hubo algún golpe, una nueva capucha, una caminata a los tropezones por una escalera y una nueva celda, con rejas, más parecidas a las de la tele. Cuando me quedé solo caminé hacia la pared y, cuando iba acostarme en el suelo, sentí un chistido.

-Compañero, acá... compañero, a tu lado. -dijo la voz.- ¿Cómo te llamás?

La última vez que me preguntaron el nombre, las intenciones de mis captores no eran muy buenas así que no dudé en mentir; bueno, decir media verdad .

-Devesa -susurré, acercándome a los barrotes.

-Yo soy Gustavo. Soy Gustavo.

Fue gracias a otro que comencé a sentir y recordar. Capacidades que había perdido y que de verdad necesitaba. Eran imprescindibles para tener ganas de salir, ganas de vivir y alejarme del rincón.

El me propuso una idea muy buena, que era contarnos cosas del pasado, comenzando por los primeros recuerdos; decía que era bueno para conocernos. No poder ver a mi interlocutor tenía muchas ventajas, recién ahí en esas circunstancias valoré que quizás la radio era un medio de comunicación (ya había descartado que la televisión lo fuera; ahora, cada vez que pensaba en ella, recordaba mi tortura y el vecino queriendo incomunicarse subiendo el volumen). Era más fácil, mejor dicho, necesa-

rio, imaginar. Las imágenes no estaban servidas. Su primera y única historia fue muy larga y la fue contando de a partes, mezclábamos las mías, más cortas, más diversas. La suya era una sola, pero mucho mejor descripta de lo que yo jamás sería capaz. Y sucedió otra cosa curiosa, me parecía que todas las historias que yo conocía y valía la pena contar ocurrían en un pequeño pueblo del norte de la península ibérica. Un pequeño pueblo cerca del fin de la tierra. Creo que sé por qué se dio ese fenómeno; en realidad, yo no tenía nada para contar, pero escondidas en la memoria tenía grabadas unas noches de mi niñez que evidentemente fueron más importantes de lo que yo pensaba. De niños, mi hermano y yo disfrutábamos mucho de los apagones. La ciudad tenía problemas de energía eléctrica y cada tanto se cortaba el suministro. A veces la oscuridad nos pillaba en plena calle, interrumpiendo de forma feroz un partido de fútbol. Las primeras veces nos asustamos pero luego nos encantaba escuchar cómo de cada casa, de cada rincón, surgía un grito. En vez de parecer que la luz se iba, daba la sensación de que la oscuridad caía del cielo y arrancaba un grito al unísono. De inmediato nos íbamos a nuestra casa y nos escondíamos debajo de la mesa de la cocina. Ahí nos quedábamos en el lugar más negro de la oscuridad, esperando las historias de los viejos. Era como un ritual, hasta llegué a pensar que era una costumbre gallega. Encendían unos faroles a mantilla y, casi con naturalidad, mis padres, mis tíos y algún vecino que aparecía de la nada, se ponían a recordar historias de su tierra; muchas eran verdaderas historias de terror. Mi desconocido compañero, mi cómplice relator de historias, tenía fascinación por el carnaval de Cádiz; durante la dictadura de Franco, cuando estaba el carnaval prohibido, las llamaban "fiestas populares gaditanas", porque no pudiendo impedir que existieran, les cambiaron el nombre y trataron que los contenidos fueran otros. Eso es imposible; el carnaval festeja el breve lapso en que Dios no nos está mirando; es casi una vacación espiritual, un momento breve en que nos quedamos solos, con Dios concentrado en otra cosa; eso es. Decía que un grupo de gente de ese pueblo había logrado atrapar la alegría, y la soltaban

cuando se les antojaba. Me contó, con la voz temblorosa, que eso les llevó a ellos y a todos quienes se dedican al carnaval a una extraña forma de locura, a ver la realidad distorsionada, a tener un extraño humor ante las tragedias; dijo que a cambio del talento algo que veía en el viento de Levante (y sospechaba que también en el Pampero) les soplaba la cordura para siempre, a ellos y a sus descendientes.

Cuando empecé a escuchar aquella historia, sentado a oscuras en mi celda, no puede evitar añorar a mi hermano, bajo la mesa de mi casa, tratando de mirarnos las siluetas, viendo cómo la luz temblorosa del farol transformaba las sombras de mi familia en figuras fantasmales que vibraban en las paredes. La locura. Nombrarla estando en ese agujero era tan ridículo que me resultó gracioso, lo que hacía cierta la leyenda. Sobre esa sensación le hablé a mi compañero de celda la noche anterior a que me liberaran, y sobre la admiración hacia mi hermano, porque él era un gran murguista, siempre me había invitado pero yo prefería quedarme en casa en mi rincón, con mi apatía. Para mí lo único que tenía distinto febrero eran las trasmisiones del Carnaval de Río, pero sin prestar atención a los bailes, sin importarme las letras, sin disfrutar el color; sólo para ver algunas mulatas semidesnudas. Pero una noche me convenció y fui a la actuación; estaba a su lado cuando vino un niño (viniste vos) pero ni siquiera notó mi presencia, sólo lo veías a él. En ese momento todo el mundo se cerró en ustedes, él quería darle una alegría en una noche mágica, le preguntó el nombre y su voz dijo muy suave, apenas escuché (Eugenio), luego le dedicó la despedida, yo estaba mirando-admirando la actuación, sentado delante de aquella familia; todos sus hermanos y sus padres festejaron el gesto, yo giré y aquella cara se me quedó grabada, era feliz…veía tu cara, tu familia numerosa, imaginaba cuántas alegrías similares tendrías en tu vida y marcaba esa noche como una de las más importantes. El coro de la murga partió la noche y yo no podía girar mi vista al escenario, te veía los ojos llenos de colores. Por eso cuando te vi en una actuación con "La solidaria", a pesar de tener unos años más te reconocí, recordé tu nombre y me di cuanta que jamás supiste que al bajar la murga,

aquella noche, mi hermano fue detenido por un Ford Falcon verde, conducido por unos señores sin alma.

Al día siguiente de recordar esto me sacaron. Al pasar por la celda de mi compañero creí ver una sombra, pero luego comprendí que estaba vacía. Tuve miedo de quedarme solo.

Esperé a mi hermano durante meses. Lo esperé desde que me dejaron en un campo y me dijeron "caminá sin mirar para atrás". No hay mayor crueldad que no dejarnos ver la muerte o el pasado. No darnos la oportunidad de ver lo que nos espera a nuestras espaldas. En mi caso era la nada. Se fueron y me dejaron allí caminando lento y tembloroso, esperando un balazo que no llegó porque ya había encontrado destinatario.

Pero la muerte es torpe. Ese día decidí que quien volvía a la vida, quien tenía una segunda oportunidad era mi hermano, el revolucionario. Buscaría las vías, era muy simple en un país convertido en una republiqueta dirigida por dictadores, lleno de burocracia, con un aparato estatal donde se necesitan quince tipos para hacer un trámite. Me presenté en todos lados como "Manuel Devesa", lo cual era casi cierto. Pero en vez de refugiarme en mi casa comencé a militar de forma clandestina. Pinté graffitis, saqué un periódico, protegí tupamaros y, a la salida de la dictadura, formé "La solidaria", una de las murgas-compañeras que iba a cada acto político a empujar un poco más la inminente caída, tardía caída y, ojalá que no sea así, pero muchas veces siento que inmerecida. Allí te conocí, tu nombre me asaltó la memoria. Era para mí inolvidable, porque tu nombre fue lo último que le escuché decir en un micrófono a mi hermano. Todo empezó cuando vino un niño a pedirle que le pintara la cara... Cuando fui a buscar a la murga ya se habían ido todos, en ese momento no supe qué pasaba. Más entrada la noche, cuando aparecieron en mi casa, me encapucharon y me hicieron desaparecer, supe que "inteligencia militar" no iba a poder matarnos. Sos la única persona que sabe que quien sobrevivió a la cárcel fui yo, no él. Pero ambos estuvimos vivos y seguiremos vivos; así de importante puede ser el carnaval.

El viejo Gustavo dejó de existir. Había tenido una vida solitaria. Se había enamorado del carnaval y había aprendido a disfrutarlo a pesar de su discurso de izquierda. Aunque él, en el fondo, estaba de acuerdo con muchas cosas. Pero había sido un hombre de acción. Cuando se tuvo que casar, se casó; cuando tuvo que tener hijos, los tuvo; y ellos igual que él. Hizo la instrucción militar hasta los dieciocho años. Había sido un padre rígido, por eso no los había visto más, por eso hace años no sabía de ellos ni de sus nietos, por eso lo habían enterrado en vida. Su esposa, que nunca estuvo, tampoco estaba; se había ido porque él trabajaba en una difícil misión. Era un militar de acción, Inteligencia sabía usarlo para ser una sombra, podía sacar valiosa información en la guerra. El podía ser la sombra solidaria que le sacara información a cualquier sedicioso; no era un traidor, a veces -como a ese Manuel- les salvaba la vida con detalles, les daba fuerzas. Aquel hombre nunca sabría que había entregado a su hermano, tuvieron que llamarlo a él. Eran años complejos, nadie era nadie, y él logró lo que la tortura no pudo. Luego cuando se quedó solo comprendió que todo fue inútil, que los hermanos habían logrado salir vivos, juntos, en el mismo cuerpo.

En cambio a él, que había delatado a ese y a tantos otros, lo esperaba la soledad y luego la tristeza, por eso en febrero robaba alegría por la radio; algunos días le daba mucha bronca, sabía que muchos vecinos lo hacían por otros motivos, pero él era una sombra que robaba información, en eso lo habían convertido. Como aquel instante, su último momento, en que sólo sentía soledad y rabia, iba a dejar de existir, sabiendo que no merecía estar en ningún sitio.

Aquel secreto se develó ante mí como una luz, como un instante por el que valía la pena vivir. Antes de cerrar sus ojos y morir, sonrió y dejó su mueca de payaso girada hacia mí, para que la luna reflejara en su maquillaje las ganas de seguir saliendo en carnaval. Podría asegurar que en su último instante sintió una profunda felicidad, quizás tenerme frente a frente, como tuvo a su hermano durante su gestación, le hizo sentir el cierre de un

círculo que le dio una real sensación de plenitud.

Puede que yo no sobreviva a este accidente, a esta injusta prueba ante el dolor, pero miraba al murguista, ya muerto, y pensaba que -si salía vivo de este camión- iba a escribir un libro, una novela sobre el carnaval, o de carnaval o algo así, una historia que cuente cómo en Montevideo, esta ciudad pequeña de un país despoblado, puede cambiar una vida solamente con cantar para los demás. Entonces, aferrado a esa idea comencé a recordar. Ni la sangre que caía sobre mis ojos impedía que mirara al murguista. Ya no importaba que el camión que nos llevaba hubiera volcado de forma espectacular. En ese instante, quizás a punto de morir, comencé a recordar.

otros títulos de Joaquín Doldán
con el sello de ediciones *a*br*el*ab*io*s
(http://abrelabios.com)

La cita y otros artículos para dentistas
(primera edición: setiembre de 1997)

La monja yanquee
(primera edición: julio de 1999)

Neovampiro
(primera edición: setiembre de 2006)

Este libro se terminó de imprimir
en la ciudad de Montevideo, Uruguay,
en el mes de diciembre de 2007.